EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

ISABEL DE MÉDICIS,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.



MADRID,
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: *librería de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.	*Mataró.*	Abadal.
Alcoy.	V. de Martí é hijos	*Murcia.*	Mateos.
Algeciras.	Almenara.	*Motril.*	Ballesteros.
Alicante.	Ibarra.	*Manzanares.*	Acebedo.
Almería.	Alvarez.	*Mondoñedo.*	Delgado.
Aranjuez.	Sainz.	*Orense.*	Robles.
Avila.	Rico.	*Oviedo.*	Palacio.
Badajoz	Orduña.	*Osuna.*	Montero.
Barcelona.	Viuda de Mayol.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Bilbao.	Astuy.	*Palma.*	Gelabert.
Burgos.	Hervias.	*Pamplona.*	Barrena.
Càceres.	Valiente.	*Palma del Rio.*	Gamero.
Cádiz.	V. de Moraleda.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Castrourdiales.	García de la Puente.	*Puerto de Santa María.*	Valderrama.
Córdoba.	Lozano.	*Puerto-Rico.*	Marquez.
Cuenca.	Mariana.	*Reus.*	Prins.
Castellon.	Lara.	*Ronda.*	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.	*Sanlucar.*	Esper.
Coruña.	García Alvarez.	*S. Fernando.*	Meneses.
Cartagena.	Muñoz Garcia.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Ramirez.
Chiclana.	Sanchez.	*Santander.*	Laparte.
Ecija.	Garcia.	*Santiago.*	Sanchez y Rua.
Figueras.	Conte Lacoste.	*Soria.*	Rioja.
Gerona.	Dorca.	*Segovia.*	Alonso.
Gijon.	Ezcurdia.	*S. Sebastian.*	Garralda.
Granada.	Zamora.	*Sevilla.*	Alvarez y Comp.
Guadalajara.	Oñana.	*Salamanca.*	Huebra.
Habana.	Charlain y Fernz.	*Segorbe.*	Clavel.
Haro.	Quintana.	*Tarragona.*	Aymat.
Huelva.	Osorno.	*Toro.*	Tejedor.
Huesca.	Guillen.	*Toledo.*	Hernandez.
Jaen.	Idalgo.	*Teruel.*	Castillo.
Jerez.	Bueno.	*Tuy.*	Martz. de la Cruz.
Leon.	Viuda de Miñon.	*Talavera.*	Castro.
Lérida.	Rixact.	*Valencia.*	M. Garin.
Lugo.	Pujol y Masía.	*Valladolid.*	Hernaiz.
Lorca.	Delgado.	*Vitoria.*	Galindo.
Logroño.	Verdejo.	*Zamora.*	Calamita.
Loja.	Cano.	*Zaragoza.*	Pintor.
Malága	Casilari.		

ISABEL DE MÉDICIS,

DRAMA TRÁGICO EN CUATRO ACTOS,

DE J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Representado con aplauso en el teatro de la Cruz.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

Á NICOLAS ANTONIO GARCIA DE QUEVEDO,

MEMORIA DE FRATERNAL CARIÑO.

UNA PALABRA AL LECTOR.

Nació el pensamiento de este drama con la lectura del *racconto* de Guerazzi titulado *Isabella Orsini;* pero el autor no ha tomado de aquella narracion sino algunas situaciones y uno que otro pensamiento filosófico. Conservando los nombres de los personajes que en la leyenda italiana figuran, ha variado el carácter de todos ellos, excepto el de Troilo, ya por creerlos poco dramáticos, ya por parecerle que, si algo ha de enseñar el teatro, no puede lograrse tal objeto sino por medio de caractéres que, al través de sus defectos ó extravios, descubran una suma mayor de pensamientos levantados é instintos generosos.

Propio es de toda obra dramática el contener alguna leccion moral, ó cuando menos alguna máxima de utilidad práctica. El autor cree que la presente encierra un severo á par que saludable enseñamiento en el lastimoso fin de la protagonista, cuya vida, mancillada por una sola falta, se arrastra entre inconcebibles tormentos, que al cabo la conducen á padecer el último de los males, la muerte; cuando perdonada por su único legítimo juez en este mundo, aun pudiera prometerse una larga y venturosa vida.

Profundos creyentes y sinceros adoradores de la divina religion del Crucificado, hemos procurado presentar en el cuadro final, en que el Duque perdona á Lelio su culpable aunque inmaculado amor, y este se resigna á soportar la vida, una leccion verdaderamente cristiana.

Si no hemos acertado á expresar nuestro pensamiento de una manera tangible, por decirlo asi, á los ojos del único juez que en esta clase de obras respetamos, el público imparcial, culpa será, no de nuestra intencion y deseo, sino de nuestra escasa ilustracion y limitadísima inteligencia.

Madrid, 24 de diciembre de 1850.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL DE MÉDICIS..	DOÑA CARMEN FENOQUIO.
PABLO ORSINI, duque de Bracciano........	D. JULIAN ROMEA.
TROILO ORSINI.......	D. J. BERMONET.
LELIO TORRELLI.....	D. E. AGUIRRE.
TITTA, vetarano, confidente del Duque.....	D. LÁZARO PEREZ.
MARIA, camareras de la Duquesa...	DOÑA AMALIA GUTIERREZ.
JULIA camareras de la Duquesa...	DOÑA N. N.

Damas, caballeros, pajes, criados, etc., etc.

La accion pasa en Florencia á fines del segundo tercio del siglo XVI.



ACTO PRIMERO.



Salon suntuosamente alhajado con divanes al gusto oriental. Una puerta al fondo.—A la izquierda del espectador ventanas que dan á un jardin. A la derecha puertas que conducen á lo interior del palacio.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, JULIA.

JULIA. Por mas que en negar se empeñe
vuestra lealtad, todo es vano.
MARIA. Puede mas vuestra malicia...
JULIA. Contra el testimonio claro
de mis sentidos, ¿qué pueden
los artificios del labio?
yo vi por mis propios ojos...
MARIA. Visteis, si, lo que os forjaron
vuestras bastardas sospechas.
JULIA. Oí...
MARIA. Lo que con malvado
deseo escuchar queriais;
no lo cierto: en mas de un caso
engañan las apariencias...

no; no es de pechos hidalgos
en tan livianos motivos
fundar tan mortales cargos.
¡Qué ofensa os hizo, oh Julia,
nuestra señora? Qué agravios
puede abrigar vuestro pecho
para ese rencor insano?
¿Tan poco os debió el benigno,
el casi materno halago
con que nos trata, que, ciega,
procurais su fin infausto?
¿Qué razon?..

JULIA. ¿Soy por ventura
yo la que mueve el escándalo?

MARIA. Si no ansiais sus consecuencias,
si temeis su fiero estrago,
¿por qué vuestra lengua, Julia,
da al terrible incendio pábulo?

JULIA. Solo con vos comunico
mis sospechas...

MARIA. Y, fé dando
á tan torpes conjeturas,
¿dais ya por averiguado
un hecho de tal cuantia?

JULIA. Mis oidos me engañaron,
vieron fastasmas mis ojos;
pero testigos hay hartos
que afirman lo que yo afirmo,
que callan lo que yo callo.
Ya veis cuán vana, Maria,
es la reserva: el arcano
que pensais tener oculto,
ya imprudentes revelaron
los mismos que en su silencio
están mas interesados.

MARIA. ¿Qué decis?

JULIA. Que para todos
los de la casa es muy claro
el amor que la Duquesa
tiene á su primo; los raptos
de Troilo, sus crudos celos,
sus repetidos escándalos,

jactancias del amor propio,
mas que de amor arrebatos,
han hecho en Florencia público
su torpe, ilícito trato.
Dicen que el Duque está en Roma,
y que en brevísimo espacio
debe estar aqui de vuelta...
¡Ay de los que halle culpados!

MARIA. ¡Callad, callad! ¡Si os oyesen!

JULIA. Ya veis que sé demasiado
para que useis tal misterio
conmigo.

MARIA. Yo...

JULIA. Me hago cargo
de vuestra noble conducta...
¡La Duquesa os quiere tanto!

MARIA. Su amor con hondo respeto,
con inmenso amor le pago.
Mi madre fué su nodriza,
y, aunque en tan distinto rango,
nos hizo hermanas la suerte,
y yo como á tal la amo.
Pero, alguien viene... ¡Silencio!
(*Sale Isabel por la primera puerta.—Maria y Julia se ponen en pie; la primera va al encuentro de la Duquesa.*)

ESCENA II.

ISABEL, MARIA, JULIA.

MARIA. No esperaba... tan temprano...

ISABEL. Me fatiga la lectura,
y hasta el poderoso encanto
de la música, no encuentra
eco en mi oïdo cansado.

MARIA. ¿Estais mala?

ISABEL. ¡A Dios pluguiera!

MARIA. ¿Por qué ese deseo aciago?

ISABEL. ¡Padezco mucho!

MARIA. (*En voz baja.*) ¡Prudencia!

JULIA. (*Asomada á uno de los balcones.*)

Un misterioso embozado
se pasea en el jardin.

ISABEL. ¿Quién es?

JULIA. Vuestro primo acaso.

ISABEL. ¿Hoy no salió á una batida?

JULIA. Habrá vuelto ya del campo.

ISABEL. ¡Ay triste!..

MARIA. (*Ap.*) ¡Por Dios, señora,
ved que Julia!.. ¡Dominaos!

ISABEL. Dices bien... ¿Y el paje Lelio?
ha dias que de mi lado
se aparta... Apenas me sirve.

MARIA. Anda triste y cabizbajo.

ISABEL. ¡Rara mudanza en su genio!

MARIA. Cierto. (*Se oye el preludio de un laud.*)

ISABEL. ¿Qué es eso?

JULIA. El tapado
caballero es quien preludia;
se acerca con lento paso
hácia aqui... ¿Será por suerte
el señor?.. (*Retirándose del balcon.*)

ISABEL. Callad.

JULIA. Ya callo.

LELIO. (*Cantando en el jardin.*)
«Sumido en amarga pena,
y mas bien muerto que vivo,
gime el mísero cautivo
al compás de su cadena;
pero el mal que le enajena,
tan impio,
tiene un inmenso dulzor...
¡Responde, corazon mio!
¿será amor?»

ISABEL. ¡Oh, qué dulcísima trova!

MARIA. ¡Expertísimo cantor!

ISABEL. ¡El alma su canto arroba!

JULIA. El paje es el trovador.

ISABEL. ¿El paje dijiste? ¡Necia!
¡si nunca supo cantar!..

JULIA. Es su voz...

MARIA. ¿Tan poco aprecia
una voz tan singular?

JULIA. Torna el preludio...
(*Acercándose de nuevo al balcon.*)
ISABEL. Escuchemos...
MARIA. Alejaos del balcon;
no calle porque le vemos.
ISABEL. ¡Quedo... quedo... corazon!
LELIO. (*Cantando.*) «Es un noble sentimiento
que le encanta y le sofoca,
mal que no dice la boca
ni lo sabe el pensamiento;
y hay en el hondo lamento
de agonia,
juntos placer y dolor ..
¡Alma, responde, alma mia!
¿será amor?»
ISABEL. El paje fué... conocí
ahora su voz; era él.
—Llamadle, Julia.
JULIA. ¡Doncel!
LELIO. Julia, ¿estabais vos alli?
JULIA. Si: venid; que os quiero dar
el parabien merecido.
LELIO. Me dejais, á fé, corrido.
¡Qué llegarais á escuchar!
JULIA. ¡Subid! (*Quitándose del balcon.*)
ISABEL. Sorprende, en verdad,
el que tuviese asi oculto
que daba al arte tal culto.
MARIA. Modestia...
ISABEL Si.
JULIA. (*Ap.*) O vanidad.

ESCENA III.

DICHAS.—LELIO.

LELIO. (*Por el fondo.*)
Julia... Mas ¡cielos!.. ¿qué veo?
¿Vos tambien aqui, señora?
ISABEL. ¿Juzgas que vine en mal hora
á oir al moderno Orfeo?
LELIO. Señora... no... perdonad:

á saber que aqui estuvierais...
cantar donde vos oyerais
fuera...

ISABEL. ¿Qué?

LELIO. Temeridad.

(*Maria y Julia se retiran.—La Duquesa se sienta en un divan á alguna distancia de las ventanas.*)

ISABEL. Pues te he oido, como ves.

LELIO. (*Ap.*) ¡Imprudente, pesia á mí!

ISABEL. Acércate mas... aqui...
siéntate, paje, á mis pies.
(*Lelio se sienta en un almohadon á los pies de Isabel.*)
¿Quién te ha enseñado á cantar
tan dulce trova?

LELIO. (*Con arrebato.*) ¡El amor!

ISABEL. ¿Qué?

LELIO. (*Reprimiéndose.*) Del arte seductor...
(*Ap.*) ¡Dolor, aprende á callar!

ISABEL. Debes, Lelio, proseguir
en el noble aprendizaje...
Mas ¿por qué el gallardo paje
se obstina ha tiempo en vivir
de nuestra vista apartado?

LELIO. Señora... yo...

ISABEL. No lo entiendo...
hay algo que no comprendo...

LELIO. ¡Que me hace muy desgraciado!
(*Involuntariamente.*)

ISABEL. Abreme tu corazon...

LELIO. No tengo ningun secreto. (*Con esfuerzo.*)

ISABEL. Tal padecer... sin objeto...
¿Acaso alguna pasion
te atormenta? ¿Por qué callas?
¿Por qué ocultas tu dolor?
Conozco el mal del amor;
tambien sufrí sus batallas.

LELIO. Señora, os equivocais;
no es ese mi padecer.

ISABEL. Entonces, ¿qué puede ser?
¡habla, Lelio!

LELIO. No insistais...
ISABEL. ¿De mi afecto desconfias?
—Fïóte á mí tu buen padre,
casi puedo ser tu madre,
y lo soy, si no por dias,
por amor;—es justo que abra
un hijo á su madre el pecho...
de amor es tu mal sospecho...
LELIO. ¡No pronuncieis tal palabra,
por Dios, señora, otra vez!
ISABEL. ¡Si estoy leyendo el arcano?
LELIO. ¡Señora!
ISABEL. ¡Amor sobrehumano!
lo leo en tu palidez.
Mal es de la juventud,
que yo tambien padecí;
¿juzgas que hasta hoy no advertí
tu desusada inquietud?...
LELIO. (*Ap.*) ¡Con mil angustias batallo!
ISABEL. Y de tu brazo el temblor
cuando, lëal servidor,
para montar á caballo
me ayudabas? Y con frente,
cuanto pálida, afligida,
al través de la batida
seguirme, el que, antes valiente,
lleno de bélico ardor,
á las fieras perseguia,
y antes mejor parecia
guerrero que cazador?
Si es amor, ¿por qué ocultar,
paje, tu mal verdadero?
No habrá puesto el caballero
su amor en bajo lugar.
Y si en demasiado altivo
sujeto lo hubieres puesto,
por lo noble y por lo apuesto,
no debes hallar esquivo
el corazon de tu dama;
que no hay diferencia tal,
que no alcance á hacer igual
de amor la patente llama.

—Demás, que por tu talento
y animoso corazon
optar puedes con razon
al mas alto casamiento.
Serena pues la faz mustia;
fíame un mal que ya sé:
nada, Lelio, omitiré
para mitigar tu angustia.
Vamos... nómbrame al objeto
de tan acendrado amor...

LELIO. No os canseis, me manda honor
guardarlo siempre secreto. (*Con decision.*)

ISABEL. Guardadlo, paje, en buen hora.
¡No pensé tal galardon
alcanzar!...

LELIO. ¡Por compasion,
no lo hayais á mal, señora!
Al callaros mi tormento,
¿no veis, ¡ay! señora mia,
del corazon la agonia,
la lucha del pensamiento?
si al abrir mi corazon...

ISABEL. (*Ap.*) ¡Qué sospecha!

LELIO. Si al decir
mi mal, debiera morir,
yo...

ISABEL. Basta: teneis razon. (*Con dignidad.*)

LELIO. Pero no me retireis,
por un silencio forzoso,
ese afecto cariñoso...

ISABEL. No Lelio; lo mereceis.

LELIO. Merecerlo siempre espero.

ISABEL. De ello está el pecho seguro.

LELIO. ¡Y aqui, señora, os lo juro
por mi fé de caballero! (*Levantándose.*)

ISABEL. ¡Gracias, gracias!—Yo tambien
necesito ser amada;
temida soy; adulada
de muchos... Mas sabes bien
que á una alma llena de amor,
á un corazon de mujer,
no basta, no, del poder

el fausto deslumbrador.
De mi estrella la inclemencia,
en mi juventud florida,
condenóme á aquesta vida
de glacial indiferencia;
que no casó enamorado
conmigo mi ilustre esposo:
casó el capitan famoso
solo por razon de estado.
Y dejándome en mi tierra,
aunque ya avanzado en años,
se fué á paises extraños
tras los triunfos de la guerra.
Mi padre solo me amaba
con ardiente idolatria;
él solo me comprendia,
él solo me aconsejaba!
¿Por qué al morir me dejaste,
padre mio, de este mundo
en el piélago profundo?
¿Por qué ¡ ay Dios! no me llevaste
contigo?—Y no que aislada
en tan borrascoso mar,
¿qué pude hacer mas que errar
de tu amor abandonada?
¿Cuál, al fin, será mi suerte?

LELIO. (*Doblando una rodilla.*)
Su final decreto ignoto
no sé; mas hago á Dios voto
de ser vuestro hasta la muerte!
(*En este instante aparece Troilo por el fondo.—Lelio se levanta lentamente; los dos hombres se dirigen una mirada de mortal amenaza.—Isabel dá un paso hácia Troilo.*)

ESCENA IV.

ISABEL.—LELIO.—TROILO.

ISABEL. Primo y señor, bien venido:
tomad parte en mi contento...

TROILO. Contento... ¿cuál?

ISABEL. Há un momento
nada mas, que aqui he sabido
que Lelio es un gran cantor.

TROILO. Há tiempo, señora mia,
que yo ese arcano sabia;
será un noble trovador.

ISABEL. Cierto.

TROILO. De un mes á esta parte
sé de este mozo el talento;
si estudia mucho, un portento
llegar puede á ser del arte.
Mas al dar como invencion
una tan vieja noticia,
renovarais la injusticia
de Vespucio con Colon.

ISABEL. Yo... no...

TROILO. Con vuestra licencia,
de esto podremos hablar
otra vez; á reclamar
vine un instante de audiencia.
—Es asunto de importancia.

ISABEL. Bien: hablad cuando gusteis.
(*Con sequedad.*)

TROILO. (*Dando á Lelio la espada y los guantes.*)
Tomad: lo colocareis
junto, allá dentro en mi estancia.
Y á esta pieza no volvais,
escuchadlo con cuidado,
mientras no fuereis llamado.

LELIO. Pienso que os equivocais.
Yo aqui estoy solo al servicio
de la señora Duquesa,
y si el serviros me pesa,
pésame bien, á mi juicio.
No lo tomeis pues á mal:
si ella misma no lo ordena,
no paso, aunque os cause pena,
de esta cámara el umbral.

TROILO. ¿Cómo?... (*Con mal reprimida cólera.*)

ISABEL. ¡Paje, obedeced!

TROILO. (*Dándole de nuevo la espada.*)
Con ambas manos la espada

tomad: es algo pesada...

LELIO. No es su peso tanto... Ved.
(Desenvainándola violentamente y haciéndola girar en torno de sí.)
No os dé su peso inquietud,
que aun para empresa mayor,
si me faltara vigor,
sobrárame, á fé, virtud!
¡Y aun en el trance postrero,
por mi patria y mi señora
la esgrimiera vencedora
contra el mejor caballero!
(Váse por la segunda puerta.)

ESCENA V.

ISABEL.—TROILO.

TROILO. *(Sentándose al lado de Isabel.)*
Hé aqui, Isabel, cómo tu débil alma
de osados servidores te rodea.

ISABEL. ¿Osados?

TROILO. ¡Insolentes!

ISABEL. No sabia
de ningun insolente.

TROILO. ¿Y aun lo niegas?

ISABEL. De algun ingrato si.

TROILO. Reconvenciones
tan inútiles son cuanto molestas.
Con lo que ví, negar te es imposible
de ese paje el amor...

ISABEL. Ni una sospecha
tuve yo de su amor hasta este dia.

ISABEL. Luego, que habló de su pasion confiesas?

ISABEL. No dije tal: mirándole afligido,
pálido y macilento, con incierta
planta evitar, como severo anciano,
de saraos, de bailes y de fiestas
el estruendoso, atronador tumulto,
que siempre es grato en nuestra edad primera,
le interrogué esta noche...

TROILO. ¿Y á tus plantas

confesó de su amor la llama ciega?

ISABEL. Confesó de su pecho la agonia;
mas la causa negó de su dolencia.

TROILO. ¡Cobarde disimulo!

ISABEL. Esfuerzo digno
de heróica cuanto rara fortaleza.

TROILO. ¡Es un héroe el doncel!

ISABEL. ¡Altas lecciones
nos dá su corazon en la árdua prueba!

TROILO. Muy bien: asi será;—pero yo exijo
que vuelva el paje á la mansion paterna.

ISABEL. ¿*Exijo* dicho habeis?—¿Con qué derecho
leyes dictais en casa que no es vuestra?

TROILO. ¿Me negareis, señora, el que me asiste
de estorbar que de amores os requiera
otro hombre?

ISABEL. Harto me oprime el torpe yugo
del negro crímen que en mis hombros pesa..
—Pero ¿olvidais que mi señor y esposo
como á hijo ama al paje?

TROILO. Aunque asi fuera,
yo lo exijo!

ISABEL. ¡Jamás!
(*En este momento se oye una fuerte campanada.*)

TROILO. ¡Rumor extraño!
¿quién llamará á estas horas á la puerta?

ISABEL. Acaso el Duque.

TROILO. (*Con pavor, levantándose.*)
¡Oh Dios!... ¡Y yo perdido!

ISABEL. (*Ap., mirándole con desprecio.*)
¡Por hombre tal vivir en la vergüenza!

ESCENA VI.

DICHOS.—MARIA.—*Luego* TITTA *y* JULIA.

ISABEL. (*A Maria.*) Qué ocurre?

MARIA. En este instante desde Roma
un escudero presuroso llega
del Duque mi señor, y solicita
entregaros un pliego...

ISABEL. Al punto venga.
(*Váse Maria.*)

TROILO. ¡Isabel!

ISABEL. ¿Qué quereis?

TROILO. En riesgo estamos.

ISABEL. Solo morir mi corazon desea.
(*Entra Titta en traje de camino;—detrás de él Maria y Julia:—Titta dobla una rodilla en tierra, y presenta á su ama una carta sobre un cojin de terciopelo carmesí.*)

TITTA. Del Duque mi señor.

ISABEL. (*Tomando la carta.*) ¿Cómo quedaba?

TITTA. Vuecencia lo verá por esas letras.

ISABEL. Levanta. (*Lee la carta.*)
Dirás, Julia, al mayordomo
que dé á Titta la usada recompensa
del correo lëal. No; que la doble,
pues tan grata nos es la fausta nueva
que hoy nos trajo. (*Vánse Titta y Julia.*)
(*A Troilo.*) En su carta el Duque anuncia
que en breve se prepara á dar la vuelta
á esta ciudad.—Señor, muy buenas noches.
(*Poniéndose en pié.*)

TROILO. ¡Escuchad! (*En voz baja.*)

ISABEL. Es ya tarde.

TROILO. (*Como antes.*) ¿No recela
vuestro pecho?...

ISABEL. Fïad.—¡Hasta mañana!
(*Yéndose con Maria.—Troilo la acompaña hasta la primera puerta.*)

TROILO. ¡En riesgo tal, y plácida, serena
se retira!—¡Oh mujeres!—Maldecido
el necio vil que á vuestro amor se entrega!
(*Sale por la segunda puerta y la cierra.—Titta y Julia vuelven por el fondo.*)

ESCENA VII.

TITTA.—JULIA.

JULIA. Ya se ha entrado la Duquesa...
¡Adios!

TITTA. Tenemos que hablar.
JULIA. Di pronto.
TITTA. Cachaza, Julia.
Es cosa de gravedad.
Me interesa...
JULIA. Y ¿qué me importa?
TITTA. Nos interesa...
JULIA. Tal cual.
TITTA. ¡Te amo, Julia! (*Ap.*) ¡Vive el cielo!
¡mentir yo!
JULIA. ¿Dices verdad?
TITTA. Me cansa ya aquesta vida
de agitacion y de azar,
y ansio, en fin, por un puerto
de calma y seguridad.
Los años pasan, y es hora
de que se empiece á pensar
en nuestra vejez...
JULIA. No hay duda...
¿Nuestra vejez?... Pues no hay,
que digamos, diferencia
entre los dos.
TITTA. Si la habrá;
mas piensa en que las mujeres...
JULIA. ¿Soy vieja yo?
TITTA. ¿Callarás?
—Hermosas como las flores,
como las flores pasais.
JULIA. ¡Eres muy amable!
TITTA. Escucha.
Mas de diez años hará
que entré del Duque al servicio:
durante este tiempo, mas
recibí de quince heridas,
con él yendo á pelëar
contra cristianos ó turcos;
que al fin viene á ser igual.
Ha poco que allá en Lepanto
logré su vida salvar,
por él tomando este chirlo,
que es, ya lo ves, muy cabal;—
mas, ni servicios ni golpes

me hicieron adelantar
un punto: soldado raso
era entonces; no soy mas.
No dejemos, pues, que un dia,
antes del hora fatal
del morir, nos antecoja
el hambre, yendo á parar
mis brios y tu hermosura
á un miserable hospital.

JULIA. Mas, ¿cómo impedirlo?

TITTA. Atiende:
—Habrás logrado ahorrar
algunos ducados...

JULIA. Poco:
cien escudos nada mas.

TITTA. Muy poco es: yo no poseo
sino la amistad ducal.

JULIA. ¿No pudiéramos sin dote
casarnos, y trabajar?

TITTA. ¿Sin dote, Julia? Imposible.
El dote es lo principal.

JULIA. ¡Ingrato!

TITTA. Si me interrupes,
no acabarémos jamás.
Hay un gran medio, seguro,
infalible...

JULIA. Veamos cuál.

TITTA. ¡Ahi es nada!—Si me ayudas
con tu ingenio perspicaz,
somos dichosos.—*(Ap.)* ¡Terrible,
forzosa fidelidad!

JULIA. Explícate.

TITTA. El señor Duque
ha llegado á sospechar
que mientras por mar y tierra
en mas de un lance campal
recogió lauros guerreros,
en su doméstico hogar
se han cometido delitos
que no ignora esta ciudad...

JULIA. Y ¿qué tiene que ver eso
con nuestras cosas?

TITTA. Verás.
Quiere el Duque estar seguro
de su agravio, y á indagar
me envió lo cierto, ofreciéndome,
en premio á mi actividad,
quinientos escudos de oro.
JULIA. Pero...
TITTA. En tí consistirá
nuestro bien: sin duda sabes...
JULIA. No lo pudiera jurar...
pero...
TITTA. ¡Al grano!
JULIA. Bien: es público.
Nuestra señora ocultar
no ha querido sus amores;
y cuanto villano, audaz,
jactóse Troilo mil veces
de un amor tan principal.
TITTA. ¿Has oido?
JULIA. ¡Tantas cosas!
TITTA. ¿Visto tambien?
JULIA. ¡Muchas mas!
pero ya Troilo no priva...
TITTA. Pues ¿quién?
JULIA. El paje.
TITTA. (*Con mal reprimido enojo.*) Es lëal
el paje, Julia.—¡Imposible
que asi pague la amistad
de su señor!—En las calles
y entre los criados poco ha
recogí algunas noticias
que muy conformes no están
con las tuyas.—La Duquesa
lleva una vida ejemplar
ha mucho tiempo...
JULIA. Oye misa,
es cierto...
TITTA. Su caridad
remedia muchas miserias...
JULIA. ¡Con ostentacion rëal!
TITTA. Y con devota virtud...
JULIA. Va mañana á confesar

á San Francisco.

TITTA. ¿A menudo
va la señora?

JULIA. No tal.
Juzgo que la ha decidido
la gran fama popular
de que goza fray Marcelo...
un franciscano...

TITTA. ¿Lo hará?
¿Segura estás?

JULIA. Ya lo creo.
Esta mañana á escuchar
me puse, como acostumbro,
á la puerta; su lëal
Maria con ella estaba;
y oí que antes de clarear
irian con tal objeto
á San Francisco.

TITTA. Y ¿no hay mas?

JULIA. No, que yo sepa.

TITTA. (*Ap.*) ¡Ni falta!

JULIA. Pero, adios; que me echará
ya de menos la señora.

TITTA. ¡Adios!.. ¡Escucha!.. A espiar
no te pongas como sueles,
por esa puerta.

JULIA. Y ¿qué hay?

TITTA. Hay... lo que á tí no te importa.
—Véte y cierra... Si á escuchar
te pones, Julieta mia...

JULIA. ¿Qué es ello?

TITTA. ¡Te pesará!
—¡Ea! ¡Adios!
(*La lleva hácia la primera puerta; luego que Julia cierra, va hácia la segunda, y escucha un instante. En seguida se asoma á la primera ventana de la izquierda y da un pequeño silbido.*)
¿Quién va?

DUQUE. (*De abajo.*) Yo, el Duque.

TITTA. (*Sacando una escala de seda y echándola por la ventana.*)

Un breve instante... aguardad
que bien la escala asegure,
no suceda que os caigais.
(*En cuanto sube el Duque, recoge Titta la escala.*)

ESCENA VIII.

El Duque.—Titta.

Duque. ¡Un siglo esperar me has hecho!
Titta. No creia haber tardado.
Duque. No habrás, Titta, calculado
la ansia voraz de mi pecho.
—¿Averiguaste por fin?
Titta. Señor... lo que el vulgo cuenta...
Duque. ¡Oh! ¡Yo lavaré mi afrenta
en la sangre del malsin!
Titta. ¡Bien lo merece el traidor!
Duque. ¡Ninguno podrá escapar!
en ambos he de vengar
el ultraje hecho á mi honor!
Titta. Que á él le mateis es debido...
mas ella tiene disculpa...
Duque. En tan grave y torpe culpa
no cabe perdon ni olvido.
Al pensar su atrevimiento,
fuego por mis venas corre!..
Titta. No hay delito que no borre
un firme arrepentimiento.
Duque. ¿Quién aqui nos asegura
de que ella esté arrepentida?
Titta. ¿No es harta prueba la vida
de retraimiento y clausura
que lleva?
Duque. Con torpe intento
vive asi.
Titta. El dia al rayar,
va mañana á confesar
de San Francisco al convento.
Duque. ¿Estás de ello bien seguro?
Titta. Julia misma lo escuchó...

DUQUE. (*Ap.*) ¡Qué idea!.. ¡Pudiera yo!
TITTA. ¡Por Dios, señor, os conjuro!..
DUQUE. Vámonos... Es tarde ya.
TITTA. ¡Calmad, señor, mi agonia!
DUQUE. Mañana será otro dia...
¡Lo que Dios quiera será!
(*Vánse por el fondo, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Cámara de la Duquesa.—Una puerta al fondo.—A la izquierda del espectador ventanas.—A la derecha, unas cortinas pendientes de un cornisamento apoyado en dos columnas, ligeramente entreabiertas, dejarán ver un lecho.—A un lado de las cortinas una mesa con recado de escribir.—Al otro una puertecilla, por la cual entrará la Duquesa.—A la izquierda, entre las ventanas, una imágen de la Virgen.—Delante un reclinatorio.—Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, *entrando como azorada.*

ISABEL. Al fin en mi casa estoy...
¡Juzgué que nunca volvia!
¿Esta opresion y agonia
¡Señor! me anuncian que hoy
ha de ser mi último dia?
Si tal es tu voluntad, (*Arrodillándose.*)
Héme á tus pies resignada
con la debida humildad!
mas no sufra tu piedad
que muera desesperada!

¡Oh pura Virgen Maria,
soberana intercesora
del pecador que en tí fia,
hácia el trono eterno guia
á la humilde pecadora!
¡pequé, señora, pequé,
en la ocasion sucumbí;
mas nunca desesperé,
aunque en vano te imploré
cuando cercada me ví!
¡Tú, que una lágrima pura
derramas siempre amorosa
sobre toda desventura,
mírame á tus pies llorosa
y anegada en la amargura!
¡Blando rocio del cielo,
iris de paz y perdon
al que padece en el suelo,
envíame algun consuelo
en tanta tribulacion!

ESCENA II.

ISABEL—MARIA, *por la puertecilla.*

MARIA. Señora...
ISABEL. (*Levantándose.*) Y bien, no supiste
la razon?
MARIA. Es un arcano;
no está en su celda el anciano.
ISABEL. ¿Y sin saber te volviste?
MARIA. Todo mi empeño fué vano.
ISABEL. Mas ¡qué noticias te dieron?
MARIA. Muy tarde anoche salió
de su celda y no volvió...
ISABEL. Y ¿nada mas te dijeron?
MARIA. Nada mas.
ISABEL. ¡Temíalo yo!
MARIA. Mas, ¿vos le habreis conocido?
ISABEL. Tenia el rostro encubierto.
MARIA. Y ¿asi os habeis atrevido?
ISABEL. ¡Quísolo Dios!—Ten por cierto

que el Duque en persona ha sido.
MARIA. El Duque no pudo ser.
¿No está aun en Roma el señor?
ISABEL. Llegó á su oido el rumor
de mi culpa, y quiso ver
qué hacia yo de su honor.
MARIA. ¡Oh señora!... Os engañais...
ISABEL. ¡A Dios pluguiera!
MARIA. ¡Sin duda!
ISABEL. No, hermana.
MARIA. Y ¿en qué pensais,
señora, que alguna ayuda
poderosa no invocais?
ISABEL. ¿Y á quién he de recurrir?
MARIA. A Catalina de Francia.
Ella no ha de consentir
que os haga el Duque morir...
ISABEL. No piensas en la distancia
que hay de esta á aquella region:
el mas veloz mensajero
llegará tarde...
MARIA. Yo espero...
¡Me lo dice el corazon!
ISABEL. No debo...
MARIA. ¡Escribid!
ISABEL. ¡Ni quiero!
Mas vale aqui, resignada,
tranquila, esperar mi suerte,
que allá vivir deshonrada...
¡Prefiere una alma elevada,
á la deshonra, la muerte!
MARIA. Y ¿asi del favor divino,
señora, desesperais?
ISABEL. Me someto á mi destino.
MARIA. Ved que no es ese el camino...
—Si á la muerte os entregais
porque aborreceis la vida,
faltais á vuestro deber
de cristiana...
ISABEL. Puede ser...
MARIA. ¡La cristiana arrepentida
vive para padecer!

ISABEL. Dices bien:—voy á escribir...
¿Quién el pliego ha de llevar!
MARIA. Mi esposo.
ISABEL. Y ¿se ha de arriesgar?
MARIA. Por veros á vos vivir
mil muertes sabrá arrostrar.
Ahí teneis pluma y papel;
escribid sin mas tardanza.
ISABEL. ¡Ay!.. temo... (*Acercándose á la mesa.*)
MARIA. Mi esposo es fiel...
ISABEL. No desconfio yo de él;
¡pero no tengo esperanza!
MARIA. Escribid; que el tiempo vuela.
ISABEL. Voy. (*Se pone á escribir.*)
MARIA. (*Delante de la Virgen.*)
¡Tú, cuyo amparo vela
sobre el mísero que llora,
haz que llegue el pliego á hora
de libertar á Isabela!
(*Dirigiéndose á la puertecilla.*)
ISABEL. ¿Dónde vas?
MARIA. Voy á avisar
á mi esposo...
ISABEL. Aguárdate:
tú misma puedes llevar...
MARIA. Bien, señora.
ISABEL. (*Ap. cerrando la carta.*) Harto bien sé
que va muy tarde á llegar.
¡Toma! (*Al tiempo de ir Maria á tomar la carta, entra Troilo por el fondo.*)

ESCENA III.

ISABEL.—MARIA.—TROILO.

TROILO. ¡Dadme acá esa carta!
ISEBEL. ¿Me espïabais? (*Retirándola.*)
TROILO. Sin rebozo
lo confieso.
ISABEL. Es villania.
TROILO. No tal, pues tengo en mi abono,
al sospechar que me venden,

un tan claro testimonio.
¡Venga el pliego!

ISABEL. No se trata
en él de ningun negocio
que os interese...

TROILO. Muy presto
lo he de ver, si á grave enojo
no tomais el que yo insista
en ver sus conceptos...

ISABEL. (*Con dignidad.*) Loco
debeis estar, persistiendo
en tan descortés propósito.

TROILO. Cuerdo ó loco, he de leerlo.
¡Dádmelo pues!..

ISABEL. Cuidad, Troilo,
que ya no es descortesia
sino atrevimiento odioso.
Si cara os es nuestra gracia,
idos luego; yo os otorgo
perdon...

TROILO. ¿Acaso os lo pido?
Es tiempo, Isabel, que el tono
de reina olvideis: yo os mando
que me obedezcais, y pronto!

MARIA. ¿Mandais vos?—¿Con qué derecho
faltais, señor, al decoro
que debeis á la duquesa
de Bracciano?

ISABEL. ¡Ay cielo!

MARIA. ¿Cómo
se atreve á mandar cual dueño
quien debiera respetuoso
obedecer?

TROILO. ¡Y esto sufro!

ISABEL. Idos, señor; yo os perdono
vuestros injustos desmanes.

TROILO. Ese olvido generoso
es inútil... ¡Venga el pliego!

ISABEL. ¡Nunca! (*Con resolucion.*)

TROILO. (*Amenazándola.*) ¡Por Cristo!

MARIA. (*Interponiéndose.*) Si torvo,
de todo asi olvidadizo,

os lanzais en el oprobio,
antes tomaréis mi vida!

TROILO. Ved cuán fuerte es el estorbo.
(*Separándola con violencia.*)

ISABEL. ¿Qué habeis hecho?

MARIA. (*Gritando.*) ¡A mí, criados,
socorro!

TROILO. (*Con furia.*) ¡Callad!

MARIA. ¡Socorro!

ESCENA IV.

DICHOS.—LELIO, *por el fondo.*

LELIO. Señora... ¡Ah!.. Ya lo comprendo.

TROILO. ¿A qué venisteis!

LELIO. ¡Heróico
proceder, por vida mia!

ISABEL. ¡Toma esta carta! (*Dándosela.*)

LELIO. (*Guardándola en el pecho.*) ¡Muy propio
de un valiente caballero!
—En combates mas gloriosos
se ve el valor!

TROILO. ¡Insensato!
¿Osas provocar mi enojo?
¿No temes?

LELIO. De las batallas
en medio al estruendo ronco,
en peligrosas empresas
se ha de mostrar el arrojo.
Contra pechos femeniles
no usan hombres valerosos
sino súplicas y halagos.

TROILO. ¡Doncel!

LELIO. Por vos me sonrojo.
—No tiene la noble sangre
de un Ursino, el que sañoso
olvida asi lo que debe
á los demas y á sí propio.

TROILO. Bien está: ¡venga esa carta!

ISABEL. ¡Nunca! ¡No!

TROILO. ¡Venga!

LELIO. Blasono
de lëal: ya veis; inútil
será vuestro empeño.

TROILO. ¡Loco!
¿Del triunfo te lisonjeas?
¡Ay de tí si de mis odios
oigo la voz!

LELIO. Desarmado...

TROILO. Mejor: asi me propongo
antes lograr mi deseo

LELIO. Y ¿hareis?..

TROILO. Mi derecho invoco.
De su casa hízome el Duque
y de su esposa custodio.

LELIO. (*Al oido de Troilo.*)
Y ¿osais invocar, menguado,
un derecho?...

TROILO. Bien notorio.
¡El pliego!

LELIO. ¡No; antes la vida!
sobre el corazon lo toco...
¡Arrancadme ambos á un tiempo!

TROILO. ¡Lo haré!..

LELIO. Con mi sangre rojo
lo obtendréis. (*Cruzando los brazos.*)

TROILO. (*Sacando la daga.*) ¡Caiga tu sangre
sobré tí.

ISABEL. (*Interponiéndose.*) No lo hareis, Troilo;
antes hollareis, impio,
mi cuerpo!

TROILO. Bien: me acomodo!
(*En ademan de lanzarse contra Isabel.*)

ISABEL. ¿A mí te atreves, villano?
(*Retrocediendo un paso.*)

LELIO. (*Agarrándole violentamente del brazo izquierdo.*)
¡Salid!

TROILO. ¡Juro á Dios santísimo
que os mataré .

ESCENA V.

DICHOS.—TITTA, *por el fondo.*

TITTA. (*Descubriéndose con respeto.*) ¡El serenísimo señor duque de Bracciano!
TROILO. ¡Cielos! (*Envainando de prisa la daga.*)
MARIA. (*A Lelio.*) ¡Venid!
(*Salen ambos por la puertecilla.—Momentos de pausa.*)
TROILO. (*A Titta.*) ¿No venia
tras vos el Duque?
TITTA. En rigor,
juzgo que fuera mejor;
mas no viene todavia.
ISABEL. Y ¿cómo?..
TITTA. Envió á saludaros
un propio desde el camino:
está de aqui muy vecino.
TROILO. Bien: ya podeis retiraros.
ISABEL. ¿Hoy llegará?
TITLA. Muy en breve.
Echó el correo delante,
ya pocas millas distante.
TROILO. Bien: idos.
TITTA. ¿Qué diablos os mueve,
que tanta prisa teneis?
En lides muy apretadas
no corrí á lanzas ni á espadas,
y ¿vos aqui me correis?
No huye nunca un buen soldado,
y aun en derrota, sereno
se retira del terreno
en formacion y pausado.
TROILO. Gastais humor...
TITTA. Como afan
vos en despedirme, infiero,
mas las órdenes espero...
TROILO. ¿De quién?
TITTA. (*Señalando á Isabel.*) ¡De mi capitan!
ISABEL. Idos, y haced que se aguarde

al Duque como es debido.

TROILO. Ya la órden habeis oido.

TITTA. Razon era. (*A Isabel.*) ¡El cielo os guarde! (*Saluda y váse.*)

ESCENA VI.

ISABEL.—TROILO.

ISABEL. Y vos, ¿qué aguardais ahora?

TROILO. Tenemos mucho que hablar.

ISABEL. Ved que el Duque va á llegar.

TROILO. Sobre eso mismo es, señora.
¡Nos amenaza á los dos,
bien lo veis, terrible suerte!

ISABEL. Tranquila aguardo la muerte
si es la voluntad de Dios.

TROILO. Y ¿por qué hablais de morir?
¿Con tan bella lontananza,
renunciais á la esperanza
cuando empezais á vivir?
¿Por qué la frente abatida
se viste de aciago luto,
si aun verde está el dulce fruto
en el árbol de la vida?
¿Vos, amiga de la ciencia,
cobarde desesperais,
cuando á coger leda vais
las flores de la experiencia?

ISABEL. ¡Ay!—Enojosos me son
la vida como el talento:
¿qué valen cuando aqui siento
decrépito el corazon?
El alma á morir me inclina:
en vano, Troilo, os cansais...

TROILO. Con vuestro miedo agraviais
á la clemencia divina.

ISABEL. Gracias por vuestro consejo:
guardad todo ese valor
para vos; yo á mi dolor
el muy bastante le dejo.
Cuando mi suerte aguardar

no fuese del corazon
constante resolucion,
¿qué pudiera yo alcanzar
abrazando otro partido,
ya veis que muy bien me fundo,
sino hacer público al mundo
un yerro no conocido?
Lo que hoy todo el mundo ignora
y á muy pocos es incierto,
¿lo hiciera yo misma cierto,
de mi error publicadora?
Mas que el delito, mi afrenta
propalara mi temor,
y aun mucho mas el rencor
de una venganza sedienta.
Y luego, ¿dónde lograra
guarecer mi débil seno,
que hierro ó lazo ó veneno
del Duque no me alcanzara?
Y aun dejando concedido
que hallase un seguro amparo,
¿dó hallar contra sí reparo
un corazon afligido?

TROILO. Mas vos...

ISABEL. Del remordimiento
¿cómo huir al torcedor?
—¡La pëor muerte es mejor
que vivir en tal tormento!

TROILO. Pero...

ISABEL. Tambien he pensado
con alguna detencion
en la odiosa proteccion
que se dispensa al culpado.
La amonestacion molesta
por la ofensa á lo moral,
no ya por ser criminal,
sino por ser manifiesta.
¡Piedad que los huesos roe,
compasion que es un agravio,
y amarga risa en el labio
que las entrañas corroe!
Y ¿vos quereis que á tal suerte

vaya á someterme yo?
—¡No, Troilo, mil veces no;
venga en buen hora la muerte!

TROILO. Nace vuestro abatimiento
de que vos no imaginais
sino la fuga...

ISABEL. ¿Encontrais
otros recursos?

TROILO. Hay ciento.

ISABEL. No los veo...

TROILO. Y practicables
aun con mayor rapidez.

ISABEL. (*Con intencion.*)
¿Se avienen con la honradez?

TROILO. No; mas son inevitables.
Pablo Ursino, vuestro esposo,
nos quiere á entrambos ver muertos;
pues si de esto estamos ciertos,
y es duro trance, forzoso,
el que él haya de morir
ó nosotros, ¿vacilar
podremos sin delirar?

ISABEL. Y ¿asi quereis añadir
el crímen de asesinato
á nuestro crímen?—¡Qué horror!
¿Con un delito mayor
borrar el otro?—¡Insensato!

TROILO. Hijo es este del antiguo,
y ademas de necesario,
no es tan horrendo y nefario;
porque, si bien lo averiguo,
entre morir ó matar
no es dudosa la eleccion,
y aun la natural razon
os lo ha podido enseñar.

ISABEL. Vergüenza y horror unidos
siente el pecho al escucharos...

TROILO. Teneis, no es esto adularos,
muy delicados oïdos.

ISABEL. ¿Qué ley pudo autorizar,
dónde está el precepto escrito,
que por ajeno delito

mande al justo castigar?

TROILO. Los instantes son preciosos;
no en disputar los perdamos
cuando en tal peligro estamos.
¡Creedme:—hay crímenes forzosos!
—Sabreis preparar sin duda
alguna bebida süave
que haga dormir, y que acabe...

ISABEL. (*Con indignacion.*)
¡Pedid al infierno ayuda!
¡No manchará, no, la historia
de la heróica raza nuestra,
de otra nueva Clitemnestra
la execrable y vil memoria!
y cuidad que si tramais
contra el Duque mi señor
algun designio traidor,
á la lid me provocais!

TROILO. Por siempre vuestra fortuna
está enlazada á la mia:
há poco amor nos unia;
ahora el crímen nos aduna.
—¡Es indisoluble el lazo!

ISABEL. Para los cobardes si;
mas yo no temo, y aqui
con valor lo despedazo!

TROILO. Bien veo en lo que se funda
vuestra tenaz confianza...

ISABEL. Por mí no tengo esperanza.

TROILO. ¡Sois en fingir muy profunda!

ISABEL. ¿Yo?

TROILO. Si... ¡pérfida mujer!
Si es necesaria á tu gloria
una víctima expiatoria,
yo esa víctima he de ser.

ISABEL. ¿Por qué no huis? ¡vive el cielo!
Si con medios no contais
bastantes, cuantos querais
os daré yo...

TROILO. Si recelo
causa el puñal asesino
á quien llama con jactancia

prima á la reina de Francia,
¿cómo podré hallar camino
seguro de salvacion
yo, sin apoyo ninguno?
Es por demas importuno,
señora, en esta ocasion
ese generoso alarde...
Vuestro consejo no es bueno...
—No hay mas medio que el veneno;
¡para otro cualquiera es tarde!

ISABEL. ¡Y yo os juro por mi vida
que mi esposo vivirá!

TROILO. ¡Eso no ha de ser!

ISABEL. Será:
¡buscad vos otra salida!

TROILO. Con tan ciega obstinacion
apresurais vuestra muerte.

ISABEL. ¿Cómo?... ¿Qué haceis?

TROILO. (*Sacando la daga y amenazándola.*)
¡De esta suerte!

ISABEL. (*Presentándole el pecho.*)
¡Herid en el corazon!

TROILO. (*Bajando la daga.*)
(*Ap.*) ¿Qué alcanzo con que ella muera?
¡Quiero vivir!
(*Envainando la daga, y con voz y ademan humildes.*)
¡Perdonad,
Isabel, mi ceguedad!
¡Lo que antes aqui os dijera
olvidad!—La sangre sube
del corazon á la mente...
Me conduje...

ISABEL. (*Con desprecio.*) Torpemente.

TROILO. Es cierto: razon no tuve.
Vos sereis, si, perdonada:
lo espero asi y lo deseo;
mas cuando obtengais...

ISABEL. (*Con disgusto.*) Ya veo
adonde va encaminada
vuestra intencion...

TROILO. ¡Alcanzadme!...

ISABEL. Como há poco defendí
de vos á mi esposo aqui,
lo haré por vos...

TROILO. ¡Ah!
(*Cogiendo una de sus manos y besándola.*)

ISABEL. (*Como antes.*) ¡Dejadme!

ESCENA VII.

DICHOS.—MARIA.—*Luego* JULIA.

MARIA. (*Entrando por la puertecilla.*)
Señora... ya partió... (*Ap.*) Con ella estaba
este villano aun... (*Alto.*) Juzqué que sola
estuvierais...

ISABEL. (*A Troilo.*) Marchaos.

TROILO. (*Suplicante.*) ¡No al olvido!

ISABEL. Seguro podeis ir...
(*Váse Troilo por el fondo.*)

MARIA. Siento...

ISABEL. No importa.
Le interesa callar... Su ira cobarde
no causa al pecho la menor zozobra.
—Mas ¿qué rumor?...

JULIA. (*Entrando por el fondo.*)
Ya pisa estos umbrales
el Duque mi señor...

ISABEL. (*Disimulando.*) Y yo en ociosa
plática divertida... Ven, hermana,
vamos á saludarle...
(*Al tiempo de ir á atravesar Isabel la puerta del fondo, entra por ella el Duque.*)

ESCENA VIII.

DICHAS.—EL DUQUE *y* TITTA.—*Luego* TROILO *y* LELIO.

DUQUE. (*Abrazándola.*) ¡Amada esposa!

ISABEL. ¡Duque, esposo y señor!

DUQUE. ¡Bendiga el cielo
esta por siempre afortunada hora!
(*Entran Troilo y Lelio.—El Duque dá un*

paso hácia ellos; se deja abrazar por Troilo, y dá á Lelio la mano, quien la besa.)
El cielo os guarde, primo... ¡Noble paje!

TROILO. ¡Primo!...

LELIO. ¡Señor!

DUQUE. (*Volviéndose á abrazar á Isabel.*)
¡Cuán plácida reposa
el alma, ¡ay Dios! tras la prolija ausencia,
entre los seres que mi pecho adora!
¡Cuán grata al corazon es esta brisa
del doméstico hogar, blanda, preciosa,
que disipa las nubes turbulentas
del pesar ó el rencor que el alma agobian!
La aura salubre de feraz campiña,
la que en las crestas de las altas rocas
respiré alguna vez; la embalsamada
brisa, que va á encontrar desde la costa,
en el primer albor de la mañana,
al navegante audaz sobre las olas;
ni aquel cuasi huracan con que en Lepanto
ondulaban penachos y garzotas
cuando triunfante el pabellon de Cristo
cubrió las medias lunas de Mahoma;
alcanzaron á ser gratas al alma
como esta brisa pura y deleitosa
de la patria mansion. ¡Aura querida,
mas grata que el cantar de la victoria,
y que jamás se encuentra en parte alguna
sino so el techo de la casa propia!

TROILO. ¡Dichoso el que, cual vos, dejó su casa
para ir á conquistar tan alta gloria!
—No se alcanza la fama en la molicie
de una vida tranquila...

DUQUE. La auréola
del valor como el humo es en la tierra,
ó la espuma en la mar:—luego se borra.
(*A Isabel.*)
Mas, me olvidaba ya.—Varios guerreros,
que regiones y mares muy remotas
recorrieron conmigo, afuera aguardan
que los presente á vos: ruégoos, señora,
si á enojo no lo habeis...

ISABEL. Vuestro deseo
menor, para mí es ley.

DUQUE. Quien manda, otorga,
no obedece...

ISABEL. Guïad...

DUQUE. (*A Troilo y los demas.*) Venid conmigo...
Demos á la Duquesa digna escolta.
(*Salen el Duque, Isabel, Troilo, Maria y Julia.—Lelio va á seguirlos, pero Titta le detiene.*)

ESCENA IX.

LELIO.—TITTA.

LELIO. ¿Qué me quereis, buen soldado?

TITTA. Os quiero de corazon.

LELIO. Gracias...—Mas, ¿con qué ocasion?

TITTA. Por lo noble y por lo honrado
os hice aqui detener.
Solo vos podeis salvar
á la Duquesa...

LELIO. (*Ap. receloso.*) ¿A explorar?...

TITTA. ¡Y no hay tiempo que perder!

LELIO. Luego, ¿en peligro?...

TITTA. Mortal
se encuentra hoy, y solo vos
podeis salvarla...

LELIO. ¡Gran Dios!
¿Supo algo el Duque?

TITTA. ¡Cabal!

LELIO. ¿Cómo salvarla ¡Dios mio!
con medios tan inseguros?

TITTA. En los extremos apuros
se ven los hombres de brio.

LELIO. ¿Cómo supo?...

TITTA. Esta mañana
la oyó él mismo en confesion.
Fué diabólica invencion.

LELIO. ¡Mejor dijeras, villana!

TITTA. Él estaba en su derecho.

LELIO. ¡Fué cobardía!

TITTA. A pesar

de ese fuego, en su lugar,
lo propio hubieradeis hecho.
Mas de disputas nó es hora...

LELIO. Corro del riesgo á advertirla...

TITTA. Y ¿á dó vais á conducirla?

LELIO. ¿Qué sé yo?—¡Suerte traidora!

TITTA. Apenas del sol la luz
remplace la noche oscura,
la llevareis con premura
á la puerta de la Cruz.
Dos animosos corceles
allí un amigo os tendrá:
¡cuidad, que caza os dará
el Duque con sus lebreles!
Con presteza y vigilancia
á Liorna la llevareis
y allí embarcaros podeis
para España ó para Francia;
que contra el Duque y el mundo
salvar puede á la Duquesa,
si no la reina francesa,
el gran Felipe Segundo!
Sobre todo, sed prudente,
y haced que ese corazon
no tiemble...

LELIO. ¿Qué galardon
puedo darte?

TITTA. ¡Ser valiente!

LELIO. Pero el peligro en que estás
si se llega á descubrir...

TITTA. ¿Qué me importa á mí vivir
un dia menos ó mas?

LELIO. ¡Oh, gracias!

TITTA. ¡Id!

LELIO. Si: á los dos
fatal nos fuera el retardo.

TITTA. Yo las espaldas os guardo
mientras viva!

LELIO. (*Dándole la mano.*) ¡Adios!

TITTA. ¡Adios!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon suntuosamente iluminado en el palacio de Bracciano.—Puertas laterales.—En el fondo arcos, que dejan ver un parterre.—En el centro una mesa dispuesta para un banquete.—Empieza á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

TITTA.—JULIA.

TITTA. Oye... escucha...
JULIA. ¿Qué me quieres?
¡Desde que el Duque llegó
me tratas con tal despego!
TITTA. (*Ap.*) ¡No se manda el corazon!
(*Alto.*) Te engañas...
JULIA. No, no me engaño!
TITTA. Dale, bola... ¡Vive Dios!
JULIA. ¿Por mi fiel comportamiento
merezco tal galardon?
TITTA. ¡Por Cristo!
JULIA. ¿Esta recompensa
por ser lëal á mi señor?
TITTA. Fuera casi todo el dia,
ya con una comision,

ya con otra, ¿cómo quieres
que aqui me estuviera yo?..
—Vamos... ten, Julia, mas calma.
(*Ap.* ¡No te matara un cañon!
(*Alto.*) ¡Ea!.. ¿Has visto á la Duquesa
esta tarde?

JULIA. Un hora ó dos
hará: con el Duque estaba:
despues en su cuarto entró,
á prepararse sin duda
para la régia funcion
de esta noche...

TITTA. ¿Has visto al paje
desde esta mañana?...

JULIA. No.

TITTA. (*Ap.*) ¡Ya habrán partido!

JULIA. Por cierto
que te has vuelto pregunton...
Mas voy que tengo á mi cargo
muchas cosas.

TITTA. Vé con Dios. (*Váse Julia.*)
¡Cargue antes conmigo el diablo,
que contigo cargue yo!
—Habrán partido;—ya es tiempo...
¡Sí... sí!.. ¡Albricias corazon!

ESCENA II.

TITTA.—TROILO, *por el fondo.*

TROILO. ¡Maldito encuentro!.. Isabela
hácia aqui se dirigió...
Quiere alejarme... no hay duda...
Aun no pude encontrar hoy
ocasion... ¡Eh!.. ¡Camarada!
(*A Titta, que se va, haciendo que no le ve.*)

TITTA. ¿Hemos servido los dos
juntos bajo una bandera?

TROILO. Tuviéralo á mucho honor.
El Duque, que es gran soldado,
asegura que lo sois
por extremo...

TITTA. Solo supe
cumplir con mi obligacion.
TROILO. Modestia...
TITTA. No tal; justicia.
TROILO. Severo andais...
TITTA. No con vos.
(*Dirigiéndose al fondo.*)
TROILO. ¿Dónde ahora vais?
TITTA. Allá fuera;
no estoy aqui de faccion. (*Váse.*)

ESCENA III.

TROILO.—ISABEL.

TROILO. No me tiene gran cariño
que digamos, el atroz
matasiete; mas con arte
lo traeré á mi devocion.
Hé aqui á Isabel...
(*Entra esta vestida con elegante sencillez.*)
Todo el dia,
señora, anduve tras vos.
ISABEL. ¿Qué quereis?
TROILO. ¡Brava pregunta!
veros y hablaros...
ISABEL. ¡Señor!
si encuentra un eco en vuestra alma
de un moribundo la voz,
¡dejadme en paz!
TROILO. ¿Qué motivos
hay para tal afliccion?
¿Sospecha acaso algo el Duque?
Al llegar, ¿no se mostró
mas que nunca enamorado?
ISABEL. Es hombre de gran valor,
y ocultar su agravio supo
hasta mejor ocasion.
TROILO. Luego ¿juzgais que sospecha?
ISABEL. No dije tal...
TROILO. ¿Véislo?
ISABEL. No;

no sospecha, porque sabe
de cierto su deshonor.
¡Tal vez de huir aun es tiempo!

TROILO. Sed franca: quereis que yo
me aleje porque mi vista
os recuerda vuestro error:
y con el negro fantasma
de una venganza feroz,
pretendeis intimidarme
como á un niño... ¡Qué baldon!
Tiempo ha que nos conocemos,
y á hablar con franqueza voy.
¿Quereis que entregue la plaza?
Lo hallo muy justo, por Dios.
—¿Con una mano la piden?
yo con entrambas la doy;
mas obtener antes quiero
digna capitulacion...
Ya me entendeis...

ISABEL. No os entiendo
ni quiero entenderos...

TROILO. Soy
muy tenaz...

ISABEL. Podeis quedaros,
si asi os place.

TROILO. De los dos
á esperar la última suerte,
como veis, resuelto estoy.

ISABEL. Dejadme ya.

TROILO. ¡El cielo os guarde!
(*Váse por la segunda puerta de la derecha.*)

ISABEL. ¡Qué á tal hombre amara yo!

ESCENA IV.

ISABEL.—LELIO, *por el fondo.*

LELIO. Por fin os hallé... ¡Aun es hora!

ISABEL. Lelio, te causas en vano.

LELIO. ¿Asi á un destino tirano
os abandonais, señora?
¿La fineza que atesora

mi pecho desconoceis?
—¡No á mis ruegos os negueis!

ISABEL. Yo aguardo mi suerte aqui.

LELIO. Si lo quiere el cielo asi,
¡vos sola no morireis!

ISABEL. ¿Qué dices?

LELIO. Si de esa suerte
os rendis sin combatir,
yo tambien quiero morir...
¡Mil veces dichosa muerte!

ISABEL. ¿Tú, jóven, gallardo, fuerte,
de padre y patria esperanza,
tú morir?.. No se me alcanza...

LELIO. ¿No es harta causa el dolor?
—¡Pero antes, de ese traidor
tomaré justa venganza!

ISABEL. ¡Lelio, hijo mio, si escucha
tu corazon mis acentos,
nada de lances violentos!

LELIO. ¡Mi sed de venganza es mucha!

ISABEL. ¿Encrudecer mas la lucha
aun quieres de mi agonía?

LELIO. Y ¿ha de quedar tal falsía
impune?

ISABEL. No quedará;
que Dios la castigará.
Escucha ..

LELIO. Señora mia,
á vuestra ley me sujeto:
mientras vivais, al traidor
respetará mi rencor;
pero nada mas prometo.
Hasta aquel punto, secreto
el corazon guardará
el mal de que morirá;
mas si vos moris por él,
solo ó conmigo el infiel
al sepulcro bajará!

ISABEL. Y ¿por qué enlazar la tuya
con mi desgraciada suerte?
¡Juzgas, paje, que su muerte
el honor me restituya?

LELIO. No... mas...
ISABEL. Deja que concluya.
¿Por qué pugnas por morir
tú, á quien guarda el porvenir,
en su tiniebla escondida,
tan larga y honrosa vida!
LELIO. ¡Odioso me es el vivir!
ISABEL. ¡Vive á hermosear la vejez
de tu cariñosa madre,
á ser de tu noble padre
amor y orgullo á la vez!
Con tanto honor y altivez
encontrarás una esposa
casta, firme y amorosa...
hijos, del alma pedazos,
crecerán en vuestros brazos...
¿Qué vida mas venturosa?
—Que si la noble ambicion
sientes de pública gloria,
lugar te dará en la historia
tu esforzado corazon.
Modelo á un tiempo y blason
de los buenos italianos,
verán tus conciudadanos
en tí su mayor renombre,
y al sonar tu ilustre nombre
se humillarán los tiranos!
LELIO. Cuadro de gozo indecible
é incomparable hermosura;
¡mas la grandeza y ventura
son para mí lo imposible!
ISABEL. Desaliento tan horrible
es ya desesperacion.
LELIO. (*Con arrebato.*) Pues últimos vales son
los que nos damos aqui,
rompa el silencio ¡ay de mí!
la angustia del corazon!
¡Os amo!
ISABEL. ¿Qué oí? ¿Te atreves,
doncel, en momentos tales
á enconar mis crudos males
con palabras tan aleves?

¿Osada la lengua mueves?

LELIO. ¡Vencido fuí del dolor!
Siento por vos mas amor
que cabe en humano ser;
pero, fiel á mi deber,
nunca ofendí á mi señor!
—Quiero que mi amor oigais,
no ya porque lo pagueis,
mas porque avisada esteis
que en vano me aconsejais.
¡No á mi acento os ofendais!
¡Os amo tanto, señora!
¡Cuánto padecí hasta ahora
por ocultar mi tormento
aun del propio pensamiento!

ISABEL. ¡Calla, por Dios!

LELIO. Os adora
frenético el corazon,
señora, desde tan niño,
que antes en él fué el cariño
que en la mente la razon!
Antes que vos, la pasion
de ese infame Troilo ví;
antes que vos, conocí
que le ibais ¡ay Dios! á amar,
y empero, supe callar...
¡Juzgad cuánto padecí!
Por no causaros dolor,
ni al ver su alma baja y fiera,
no os dije jamás cuánto era
indigno de vuestro amor!
¡Dia y noche del traidor
todos los pasos velé;
mil veces fiel le guardé
cuando os iba á visitar,
y por no daros pesar,
mil veces no lo maté!
¡Á propios y extraños ojos
supe ocultar sus jactancias,
y sufrí sus arrogancias
por no causaros enojos!
¡Ved cuán punzantes abrojos

rasgaban mi corazon!
Pues bien: de tanta pasion
¿qué premio os vengo á pedir?
¡Dejadme con vos morir
por único galardon!

ISABEL. ¡Oh Dios mio!—Cuán severo
sois por mi culpa!—¡Debia
amargar mas mi agonia
este dolor postrimero!
¡Lelio, hijo mio, yo muero
de un crímen en expiacion!
Pero tú... ¿por qué razon?
¡Tú, tan noble... tan valiente!...

LELIO. Yo tambien fuí delincuente...

ISABEL. ¡Dame, Lelio, tu perdon!

LELIO. ¿Perdonaros yo, señora?
¿De qué?

ISABEL. De tu padecer:
¡otórgame este placer,
pues llega mi última hora!

LELIO. ¡Mi labio por vos implora
las bendiciones del cielo!

ISABEL. Adios: llevo ese consuelo:
¡adios, paje mio!

LELIO. ¡Adios!

ISABEL. Ya no hablaremos los dos
nunca mas en este suelo!
(Le dá la mano.—Lelio la besa sollozando y doblada la rodilla.—Sale Isabel por el fondo.—Lelio se pone en pie, y enjuga con esfuerzo sus lágrimas.)

ESCENA V.

LELIO.—TROILO.

LELIO. ¡Está resuelta á morir...
Muramos pues, corazon!
(Viendo á Troilo, que sale por la segunda puerta de la derecha.)
Llega á mal tiempo el felon...
No pudiera resistir...

(Dirigiéndose á la izquierda.)

TROILO. ¿Dó vais tan apresurado?

LELIO. ¡Donde no tenga la mengua
de veros!

TROILO. ¡Tened la lengua!
Si os hallais tan agraviado,
hable la espada por vos.

LELIO. No es oportuno el lugrr.

TROILO. Pésame el veros obrar
con tal prudencia, por Dios.

LELIO. No os dé pesar: ¡nunca es tarde
para una justa venganza!

TROILO. Es efugio esa esperanza...
—No os juzgaba tan cobarde.

LELIO. ¿Cobarde? *(Reprimiéndose con esfuerzo.)*

TROILO. No siempre, no:
¡valiente como el Cid eres
delante de las mujeres!

LELIO. ¡Sufrir tal afrenta yo!
(Echando mano á la espada, pero repri miéndose.)
¡Maldecido juramento!

TROILO. ¿De qué juramento hablais?

LELIO. Para el lance que buscais
no es oportuno el momento.
Mas yo os juro que obtendré
completa reparacion!

TROILO. Hoy tuvisteis ocasion;
despues... ya lo pensaré.
(Váse por el fondo.)

LELIO. Marcha, y gózate en buen hora
algunos momentos mas...
¡Vete... si... No escaparás
á mi espada vengadora.
(Va á salir por el fondo á tiempo que entra Titta. En el punto mismo asoma el Duque por la primera puerta de la derecha, y al verlos se retira, entornándola.)

ESCENA VI.

LELIO, TITTA.

TITTA. ¿Aun estais aqui? ¿Qué haceis?
LELIO. No me ha querido escuchar.
TITTA. ¿Qué oigo?
LELIO. Prefiere esperar...
TITTA. ¿La muerte?
LELIO. ¡Ay!
TITTA. No lo dudeis.
—¡Tan invencible firmeza
en corazon de mujer!
LELIO. ¡La conviccion del deber
es la mayor fortaleza!
TITTA. ¡Lo siento mucho, á fé mia!
¡Se me parte el corazon!
—¡Mortal es la situacion!
—¡Si pudierais todavia!
LELIO. Cansárame, amigo, en vano.
(*Con desaliento.*) Firme aguarda su destino.
Pero, el Duque...
TITTA. ¡No hay camino
de aplacar su enojo insano!
LELIO. Muramos; no hay otro medio.
TITTA. Pero... (*Con extrañeza.*)
LELIO. Inmenso es el dolor
que encierra aqui dentro honor.
(*Tocándose el corazon.*)
Mas la muerte es gran remedio.
¡Adios!
(*Váse por el fondo; Titta va á seguirlo, pero el Duque le detiene.*)

ESCENA VII.

EL DUQUE.—TITTA.

DUQUE. ¡Tente!
TITTA. (*Ap.*) ¡Por mi vida!
Es forzoso el disimulo...

(*Alto.*) Iba á ver...

DUQUE. ¡Lo he oido todo!

TITTA. ¿Qué?... ¿Oisteis?

DUQUE. Y aun dificulto
dar crédito á mis sentidos.
¡Tú!...

TITTA. ¡Por el santo sepulcro!
Pésame...

DUQUE. Tú, el mas antiguo
de mis lëales, el único
á quien fïé mi secreto,
el único amigo en cuyo
afecto tuve confianza,
venderme tambien!—¡Confuso
estoy al ver tu falsia!

TITTA. ¡Vive Dios!

DUQUE. ¿Cómo seguro
vivir de aqui en adelante,
si ya no hay fé en este mundo?

TITTA. Pésame...

DUQUE. Y aunque te pese...
¿cómo lavar el impuro
borron que echaste en tu fama?
¡Tú aconsejar!...

TITTA. ¡Por Dios sumo!
Pésame, no del consejo,
sino de que fué sin fruto!

DUQUE. ¡Villano!—Y ¿aun te glorias
de tu crímen?

TITTA. Y me fundo.
Ahorrar quise á vuestro pecho,
no el torcedor importuno
de remordimiento aciago,
sino ese lento, profundo,
eterno dolor, que el alma,
saciado el rencor sañudo,
ha de sentir, sumergiéndoos
en el mas hondo infortunio.
Quise alejar de esas canas,
que hoy orna el laurel del triunfo,
el baldon torpe, indeleble,
q ue hará esa venganza público;

guardar quise el noble acero
que en tantos combates rudos
vi en sangre de infieles tinto,
de tan noble sangre puro!
Quise, en fin, y no es del caso
membraros aqui los muchos
servicios que me debeis,
pues no es noble ni oportuno;
quise, en fin, ser compasivo
por vos y por mí, y presumo
que este es servicio, señor,
que vale por todos juntos!

DUQUE. Ese servicio es agravio!

TITTA. Si erré, ya no me disculpo.
Aqui estoy, no me arrepiento;
¡Bañad el acero crudo
en mi sangre!—A vuestras iras
pago mejor, no discurro.

DUQUE. Y ¿cuándo razon tuvieras?

TITTA. Ya la razon no disputo.
Malogróse el plan...

DUQUE. No es dable
que un crímen tal quede inulto.

TITTA. Estando aqui la Duquesa,
teneis razon... Medios hubo
de evitar... Mas ya no es tiempo.

DUQUE. ¡Ha de morir!

TITTA. Y ¿el perjuro
cómplice?...

DUQUE. Despues... en duelo
lëal...

TITTA. Y ¿al traidor inmundo
combatireis sin ventajas?
—Ved, señor, que eso no es justo.

DUQUE. Es caballero y mi primo;
demas, que su vil perjurio
llegó á mí solo hasta ahora
por los rumores del vulgo.
He menester otras pruebas;
y ya, del crímen seguro,
le mataré cuerpo á cuerpo!

TITTA. Y ¿si moris?

DUQUE. Si sucumbo,
lego mi justa venganza...
¡á Lelio!...
TITTA. ¿Al doncel? ¿Qué escucho?
¿Legar pensareis á un niño?...
DUQUE. En el valor es adulto.
TITTA. Débil, señor, es su brazo.
DUQUE. Su corazon es robusto.
TITTA. Y ¿si en las armas no es diestro?
DUQUE. Su razon le será escudo;
—demás de que es invencible
quien á sí vencerse supo.
TITTA. ¿Qué decis?
DUQUE. Es un arcano
que he descubierto no ha mucho.
TITTA. Aqui viene la Duquesa...
DUQUE. No sé;—á su vista me turbo.
(Entran por el fondo Isabel, Troilo, Lelio, damas y caballeros. El Duque va á su encuentro. Despues varios pajes con platos, etc.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—ISABEL.—LELIO.—TROILO, *etc., etc.*

DUQUE. Esposa mia... señores...
mas, si no me engaño, á punto
la mesa ya nos aguarda
Aqui vos. *(Llevando á Isabel á la cabecera.)*
(A Troilo y demas caballeros, que le invitan á que se siente.)
Nunca: yo el último.
(Sentados ya damas y caballeros, Titta y los criados se colocan detras de las sillas, y van sirviendo los manjares y escanciando los vinos.)
ISABEL. *(Ap.)* Finge bien: mas yo en sus ojos
leo mi muerte segura.
TROILO *(Ap.)* ¡Nada empaña su ventura!
DUQUE. *(Con fingida alegria.)*
A anegar penas y enojos
baje, señores, el vino

del corazon á lo interno.
Escanciad, pajes... ¡Falerno!

LELIO. (*Ap.*) ¡Crudo, espantoso destino!

DUQUE. ¡Brindo por mi cara esposa!

ISABEL. Mil gracias...

TROILO. (*Ap.*) ¡Nada sospecha!

TITTA. (*Ap.*) ¡Qué bien hace la desecha!

TROILO. No á tan bella, á mas gloriosa
empresa, quiero brindar.
¡Brindo al campeon de Cristo!
(*Señalando al Duque.*)

DUQUE. (*Ap.*) ¡Mal á mis odios resisto!

TROILO. ¡Al guerrero que en el mar
de Lepanto, fué alta gloria
nuestra, y de turcos espanto!

DUQUE. ¡De los muertos en Lepanto
brindo á la eterna memoria!

TROILO. Contadnos esa batalla.

DUQUE. No me está el contarla bien...

TROILO. Yo os lo pido.

LELIO. ¡Y yo tambien!

DUQUE. (*Ap.*) ¡De rencor el pecho estalla!
(*Alto.*) Excusadme...

TITTA. Yo os lo ruego
en nombre de la milicia
que alli combatió.

DUQUE. Es justicia.
—Señores, ya no me niego.
(*Poniéndose en pie—Todos se levantan, y forman en primer término un semicírculo alrededor del Duque.*)
Contar no he menester, ni las razones
que provocaron la inmortal jornada,
ni el nombre de los ínclitos varones
que alli blandieron yatagan ó espada:
no ignorais cuáles fueron las naciones
que unieron su poder en tal cruzada,
y asi, paso á narar la horrenda lucha
cual la recuerdo...

TROILO. El auditorio escucha.

DUQUE. Ansiosos de alcanzar altos laureles,
ardiendo el corazon, el brazo listo,

dan vista una mañana á los infieles
los que pelean so el pendon de Cristo.
Cubren el mar los rápidos bajeles
de una y otra nacion: jamás fué visto
armamento mayor que el que en Lepanto
dió al númen de la guerra eterno canto.
Cual suelen dos bandadas de gaviotas
cruzarse en su camino en medio al cielo,
tal corren á embestirse entrambas flotas
sobre la mar dormida, en raudo vuelo;
las filas ya para el combate rotas,
solo escuchando el rencoroso anhelo,
á la par rebramando mil cañones,
conturban los mas fuertes corazones.
Al hórrido fragor las fieras ondas
reluchan hácia atrás despavoridas,
arbiendo en derredor mil simas hondas,
do las naos descienden sumergidas:
allá en su tumba helada Epaminóndas
despierta, en las Thermópilas Leonidas,
y doblan del cañon los sones huecos
de Salamina y Marathon los ecos!
Mas ya el rugido cóncavo no estalla;
y á par, cual carniceros gavilanes,
en mas terrible y singular batalla
los cristianos se ven y musulmanes.
No hay peto fuerte ni robusta malla
al filo de los corvos yataganes,
ni marlota ó turbante que soporte
de las espadas al tremendo corte.
Allí se ostenta el ínclito Colonna
digno del claro nombre de romano,
y lidia, émulo á Marte y á Belona,
Veniero, el almirante veneciano;
Alvaro de Bazan y el buen Cardona
el blason encarecen castellano,
y Doria el genovés y Barbarigo
son estrago y terror del enemigo!
Mas ¿qué nombre citar junto á aquel no mbre
del príncipe español, á quien fortuna
dió en aquel dia el inmortal renombre
de humillar á la Cruz la media luna?

Niño en la faz, en el valor mas que hombre,
Digno en verdad de imperatoria cuna,
fué en las azules ondas de Lepanto
paladion de la fé, del turco espanto!
Alli donde mas cruda es la pelea,
el fuminante acero en sangre tinto,
radiante como el sol la faz febea,
vése al gran sucesor de Cárlos Quinto;
la cabellera blonda al aire ondea,
que envidiara el pastor del Terebinto,
y mira en él la hueste mahometana
al ángel puro de la fé cristiana!
En torno de él mil ínclitos iberos,
en fé profundos, en valor pujantes,
al golpe de los fúlgidos aceros
despedazan marlotas y turbantes;
y en la lucha mortal, de los primeros,
de sí da clara muestra el gran Cervantes,
en quien, al darle vida, funda España
su mas ilustre, su mayor hazaña!
Al ostentar en la feroz palestra
del corazon el brio soberano,
la mano entera le llevó siniestra
un impío arcabuz mahometano;
—mas basta á tal varon la mano diestra
á hacer eterno el nombre castellano,
y sobra á España su inmortal memoria
para nunca envidiar ajena gloria!
Otros muchos, en fin, alli lidiaron,
y á inauditas hazañas cima dieron,
y á sus heróicas patrias conquistaron
lauros que con su sangre alli crecieron;
muchos, muriendo, el triunfo alli alcanzaron;
otros, menos felices, no murieron;
mas guardará la historia en sus anales
sus nombres y sus hechos inmortales.
¿Quién tan osado que pintar presuma
aquel sublime horror, siempre creciente?
El vapor de la sangre espesa bruma
forma en torno á la turba combatiente;
brota del mar enrojecida espuma,
cual si fuese de sangre un lago hirviente,

é inmenso sube á la region vacia
aterrador lamento de agonía!
No hay tregua ni perdon, crudos pelean
en los puentes, de sangre espesos rios,
y rotas las espadas, se golpean
con los pomos informes; los impios,
aun fluctuando en las olas, forcejean
con rencor implacable, y ya sin brios,
ronco grito de triunfo dan al viento;
y se hunden en el vórtice sangriento!
El ángel de la muerte, amedrentado
de su propio furor, trémulo ruge,
y huyendo del conflicto, apresurado
tiende las alas con violento empuje.
Párase un punto el viento conturbado;
harto de sangre el mar, tremendo muje,
y el mismo sol abrevia su carrerra,
su luz negando á lid tan carnicera!
Mas, rota ya del turco la pujanza,
surca los mares en veloz huida,
y se pierde en remota lontananza
parte de sus bajeles reducida.
El triunfo que soñó nuestra esperanza
logrado en fin, con voz enardecida
himno al señor de gratitud resuena,
que el mar conturba y los espacios llena!

ISABEL. (*Tomando de la mesa una copa; los demas la imitan.*)
¡Brindo del vate español
por la memoria inmortal!

LELIO. ¡Y yo por su general,
cuya fama eclipsa el sol!
Ambos merecen, á fé,
nuestro sincero homenage...

DUQUE. Bien ha dicho el noble paje.

TROILO. Yo brindo por vos...

DUQUE. No sé
si son los fuegos del vino...
pero ¡hay aqui tal calor!

TITTA. (*Ap.*) ¡Poco se olvidó el dolor!
(*Alto.*) Estando aqui tan vecino
el jardin...

ISABEL. Si: entre las flores
estará fresco el ambiente...
DUQUE El censejo es excelente...
—Vamos al jardin, señores.
(*Da la mano á Isabel, y se dirigen todos á la puerta del fondo.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala de armas en el palacio de Bracciano.—Una puerta al fondo, una á la derecha, otra á la izquierda.—En las paredes armaduras, armas, trofeos militares, banderas, etc., etc.—A la derecha, en primer término una mesa pequeña y dos sillones.—Una lámpara de bronce alumbra dudosamente la escena.

ESCENA PRIMERA.

El Duque.—Titta, *por el fondo.*

Titta. Están todos recogidos.
Duque. Se acerca la hora fatal;
póncnme al cuello un dogal
estos odios comprimidos.
—¡Cuánto mejor, Titta, fuera
morir por la fé en Lepanto
que venir oprobio tanto
á tocar!
Titta. (*Con tristeza.*) Si... mejor era. (*Pausa.*)
Duque. ¿No te parece mi esposa
de perfecciones modelo?
Titta. ¡Compasiva como el cielo,
y como un ángel hermosa! (*Pausa.*)

DUQUE. (*Paseándose y hablando consigo mismo.*)
Fuera terrible impiedad
por sola una mancha impura
destruir tal hermosura,
tan exquisita bondad...

TITTA. ¡Fuera... el delito mayor!
La idea sola da espanto.

DUQUE. (*Deteniéndose.*)
¡Morir, Titta, allá en Lepanto,
era, si, mucho mejor!
(*Paseándose.*) ¿Avisaste al paje?—Di ..

TITTA. Si, señor:—ya le avisé.

DUQUE. ¡Tarda!—aqui á Isabel cité,
y estará á las doce aqui.
Lelio... acabar es razon...
¿Tendrá miedo, que asi tarda?

TITTA. El miedo es pasion bastarda,
y es noble su corazon.

DUQUE. No viene aun;—vé por él.

TITTA. Voy... Mas, si el pecho adivina,
vuesta alma al perdon se inclina.
(*El Duque le despide con el ademan.*)

ESCENA II.

DUQUE.

¡Ay Isabel... Isabel!
¿Por qué fuiste ingrata, infiel,
con el triste esposo anciano?
¿Por qué tu querida mano,
mas que el puñal homicida,
mancilló mi ilustre vida
con este baldon villano?
¿Qué he de hacer ¡triste de mí!
en tan negra confusion?
perdonarla no es razon;
que á matarla vine aqui...
¡Por qué antes no sucumbí
á bala, espada ó puñal,
en tanto riesgo campal?
—¡Por ella entonces llorado,

por el mundo celebrado,
fuera mi nombre inmortal!
¡Y no que, vengando ahora
de mis canas la mancilla,
causará horror la cuchilla
tantas veces triunfadora!
La fama deslumbradura,
en el incierto camino
de lo futuro, asesino
me llame ¡oh mengua! tal vez...
—¿Y el sumo, el eterno juez?
¡Cuán espantoso destino!
y yo propio, ya saciada
está mi venganza fiera,
¿qué horrible suerte me espera?
¡Con planta débil, cansada,
en vejez abandonada,
que ni un amigo tendré,
—solo al fin me lanzaré,
odiado hasta de mí mismo,
del sepulcro en el abismo!
¿Qué haré, Dios mio, qué haré?
¿Será justicia mi accion,
ó es criminal pensamiento
este vértigo sangriento
que trastorna mi razon?
¡Explícate, corazon!
suene tu voz fuerte, clara;
¡si el cielo me desampara
en tan amarga inquietud,
muestra tu hidalga virtud
con tal dolor cara á cara!
Si:—debe el crímen expiar...
¡Préstame, señor, tu brio,
porque pueda el pecho mio
tan santo deber llenar!
Pueda el brazo sustentar
en tan amargo dolor
el acero vengador;
que, dentro al alma afligida,
si clama amor por su vida,
su muerte pide el honor!

ESCENA III.

Dichos.—Lelio.—Titta.

Titta. Héle aqui ya;—echad la culpa
al sueño de su tardanza.
Duque. (*Ap.*) ¿Me engañará mi esperanza?
(*Alto.*) ¿Es cierta aquesa disculpa?
Lelio. No pude, señor, dormir,
que no me llegué á acostar.
Duque. Entonces, ¿por qué tardar?
Lelio. No osaba, señor, venir.
Duque. ¡No osabais!... ¿Por qué razon?
Lelio. Porque... señor...
Duque. ¡No mintais!
Lelio. Os ruego que no insistais;
si callo, es obligacion.
Duque. Bien.—Oid por qué os llamé.
De padre, Lelio, os serví
desque el vuestro os trajo aqui...
Lelio. Como á tal siempre os amé.
Duque. Por razones que ignorais,
ó comprendereis acaso,
pero que no son del caso,
es forzoso que sepais
que dentro de algunas horas
quiere mi contraria suerte
que arrostre un combate á muerte!
—Las armas tal vez traidoras
son al esfuerzo mayor,
de la justicia á despecho,
y contra el mejor derecho
triunfa el destino mejor.
Yo, ya lo veis, soy anciano,
y aunque tengo gran razon,
y me sobra corazon,
tal vez me falte la mano.
Ahora bien; si la fortuna
al otro dá la victoria,
¡vos vengareis mi memoria!
(*Atajando á Lelio.*) Valor y destreza aduna

mi contrario...
LELIO. Aunque tuviera
mas que humana valentia,
la razon de parte mia,
seguro estoy, le venciera!
DUQUE. Pláceme oir tu lengnaje...
¡Eres valiente, hijo mio!
¡Bien se muestra en ese brio
tu generoso linaje!
LELIO. Mas ¿por qué habeis de arrostrar,
pudiendo yo combatir?
DUQUE. Porque me toca morir
ó mis ofensas vengar.
—Solo quiero estar seguro,
si me es contraria la suerte,
de que vengarás mi muerte.
LELIO. ¡Por mi fé santa os lo juro!
DUQUE. Cuando llegue la ocasion,
Titta...
LELIO. Mas vos me ocultais...
DUQUE. Os ruego que no insistais.
callo por obligacion.
Ahora, antes que á recogeros
vayais, en señal de amor,
un presente de valor
quiere mi amistad haceros.
(*Desciñéndose la espada y dándosela.*)
—Recibid, Lelio, esta espada,
que hasta hoy solo blandí yo,
y mi esfuerzo conservó
de traicion inmaculada.
Llevadla en memoria mia:
nunca brille en vuestra mano
ni por motivo liviano
ni por innoble porfia.
Aunque os lo mandare un rey,
no la esgrimais sin razon;
mas pugnad como un lëon
por la patria y por la ley!
En vuestra mano valiente,
rayo de virtud y honor,
sea espanto del traidor,

salvacion del inocente!
No la vendais al poder
de los grandes de la tierra,
que á veces hacen la guerra
por capricho ó por placer;
ni la saqueis por razones
de amor propio ó vanidad,
que tan necia liviandad
no es de grandes corazones.
Salga el acero temido
muy tarde en la propia ofensa;
mas, como el rayo, en defensa
del pobre y del oprimido;
que en causa propia, al acero
nunca se debe apelar,
sino cuando hay que vengar
el honor de caballero.

LELIO. ¡Mientras me dure la vida
la conservaré, señor,
digna del dueño anterior!

DUQUE. Por última despedida,
¡llega, Lelio, abrázame!

LELIO. (*Abrazándole.*) ¡Padre!—¡A mi brazo fïad!

DUQUE. Adios... Fio en tu lealtad.
(*Despidiéndole con la mano.*)

LELIO. Adios, señor... (*Váse por la derecha.*)

TITTA. Ya se fué.

DUQUE. Aun no es llegado el momento...
—Aqui, amigo, me sofoco...

TITTA. ¡Vámonos afuera un poco!
(*Ap.*) ¡Me asesina su tormento!
(*Vánse por el fondo.*)

ESCENA IV.

ISABEL.—MARIA, *por la izquierda.*

(*Durante todas estas escenas, Isabel, pálida y demudada, estará como sostenida por una fuerza ficticia.*)

ISABEL. Presto vendrá mi señor...
Déjame ya, hermana mia.

¡Vé, que en tan honda agonia
he menester gran valor!

MARIA. ¿Cómo os he de abandonar,
si sé que vais á morir?

ISABEL. ¿No ves que con el vivir
cesa tambien mi penar?

MARIA. ¡Ay de mí!

ISABEL. ¡Por Dios, hermana,
no dobles con tu ternura
este cáliz de amargura!

MARIA. ¿Por qué la suerte inhumana
prolongó mi inútil vida,
para que viera este instante?

ISABEL. ¡Sé en el dolor mas constante!
Óyeme...

MARIA. ¡Ay Dios!

ISABEL. Prevenida
ya en mi cámara dejé,
con la justa autoridad,
escrita mi voluntad
postrera... Siempre te amé
como á mi amiga mejor,
y antes que Dios nos aparte
quise un recuerdo dejarte
de mi fraternal amor.
Heredera te instituí
de todo cuanto poseo...

MARIA. ¡Nunca! (*Sollozando.*)

ISABEL. Es mi último deseo:
cúmplelo, hermana, por mí.

MARIA. ¡Ay cielo!

ISABEL. (*Trémula.*) Dividirás
entre mis criadas fieles
mis ropas y mis joyeles
que tú no quieras... Darás
(*Enternecida.*) á Lelio, mi servidor,
cuya fé te es conocida,
prenda para él muy subida,
aunque de corto valor,
este anillo que he llevado
(*Quitándoselo del dedo.*)
desde mi infancia primera...

¡como memoria postrera
de un afecto inmaculado!
Dile que ya el lazo roto
de esta mi vida crüel,
¡al cielo el alma por él
elevó su último voto!
(*Empiezan á sonar las doce.*)

MARIA. ¡Ay!

ISABEL. Adios.—Llegó la hora.—
¡Hasta el cielo, hermana mia!
¡Ten fé!—Del eterno dia,
¿qué es morir, sino la aurora?
(*Maria se arroja sollozando en los brazos de Isabel.—Esta la estrecha contra su corazon, y la hace entrar con esfuerzo por la puerta de la izquierda.—Al dar la última campanada de las doce asoman el Duqve y Titta por el fondo.—Isabel, bajo el rostro, permanece como absorta en sus pensamientos.*)

DUQUE. Las doce son:—márchate;
¡vigila bien al traidor!

TITTA. Yo os respondo de él, señor...
(*Váse por la derecha, dirigiendo una mirada de suprema compasion á Isabel.*)

DUQUE. ¡Veremos si me engañé!
(*Viendo á la Duquesa, cierra con llave la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

ISABEL.—DUQUE.

DUQUE. ¡Exacta sois, Duquesa, por mi vida!

ISABEL. En las citas de honor es necesario.

DUQUE. ¿De honor?

ISABEL. A todo vengo prevenida...
No mas disimuleis el sanguinario
rencor.—¿Qué vacilais?...

DUQUE. ¿La frente erguida
os presentais á vuestro juez?—¿Pensasteis
que era saber morir lo suficiente

el borron á lavar con que manchasteis
mi nombre?

ISABEL. Al mas odioso delincuente
no hay castigo mayor.

DUQUE. Os engañasteis.
¡Qué!—¿Bastaran de sangre algunas gotas
tal crímen á purgar?—Y aunque las venas
al filo de mi espada abiertas, rotas
en hirviente raudal, pura mi fama
dejasen,—de este pecho que aun os ama,
¿quién calmará el dolor y la amargura?
¿Qué importa al triste viejo un nombre claro,
si ha de vivir en hondo desamparo,
sin paz y sin honor y sin ventura?

ISABEL. ¡Matadme, por piedad!

DUQUE. Cuando la suerte
de vos me separó, bañado en llanto,
yo, que de bronce fuí al mayor quebranto,
os dije: «Esposa mia, cruda muerte
me aguarda allá tal vez; quizá la ausencia
dure prolijos años, y alejada
de mi amor, de mil riesgos circundada
te verás en tu flaca inexperiencia...
con ánimo viril sufre el embate
que te darán ajenas seducciones
y tus propias volcánicas pasiones;
¡que es mayor prez la del mayor combate!

ISABEL. ¡Matadme!

DUQUE. »La virtud mas noble y alta
para con Dios y el mundo, de una esposa,
es la alma castidad:—cuida animosa
de que no haya en la tuya ni una falta!
Lauro es del hombre le mujer honesta,
dote á las hijas es la honrada madre;
que no hay hombre de honor á quien le cuadre
con familia entroncar que el vicio infesta.»

ISABEL. Vengaros bien sabeis... (*Con amargura.*)

DUQUE. Vos al olvido
á par dando mi amor y mis lecciones,
disteis rienda al furor de las pasiones...

ISABEL. ¡Cesad... cesad, por Dios!—¡La muerte os pido!
(*Cayendo en un sillon.—Pausa.*)

DUQUE. ¡Nombradme á vuestro cómplice!–¡Mi agravio
entero quiero oir de vuestro labio!

ISABEL. ¡Jamás le nombraré!...

DUQUE. ¿Sentis, señora,
aun amor por el vil?—¿En tanto aprecio
le teneis?

ISABEL. ¡Le abomino... le desprecio!
Pero mas no os diré.—¡Matadme ahora!

DUQUE. ¡Necesito su nombre!—¿Ois?—¡Su nombre!
Si me lo revelais... ¡Os doy la vida!

ISABEL. Yo vine aqui á morir. (*Con serena decision.*)

DUQUE. ¿Tan decidida
estais?–¡Vuestra alma adora á ese vil hombre!
(*Pausa.*)
Escuchad, Isabel:—un alto ejemplo
de piedad voy á dar:—si sois sincera,
os volveré mi estimacion entera...
¡mi amor os volveré!—¿Dudais?
(*Con arrebato.*)

ISABEL. (*Tristemente.*) Contemplo
con pasmo vuestro error... ¿Juzgais que baste
el mas ámplio perdon á una alma altiva?
No es posible olvidar... y aunque lo fuera,
aunque su amor vuestra alma me volviera,
¿cómo quereis que sin mi aprecio viva?
(*Levantándose.*)
Yo pudiera alegar en mi defensa
(*Acalorándose por grados.*
que vi pasar mi juventud florida
en dura , triste, solitaria vida!
que flaca á tanta lucha, que indefensa,
me hube al fin de rendir, si no vencida,
cansada de lidiar;—que mi derrota
solo un punto duró, y el pecho mio
lloró, expïando el rápido extravio,
un piélago de sangre gota á gota!
que el sumo Dios, que ve desde su trono
del corazon el hondo sentimiento,
me ha perdonado... ¡Ay Dios!... ¡Fáltame
¡Ay!... ¡Esposo! ¡Perdon! [aliento!...
(*Quriendo arrodillarse, y desmayándose.—
El Duque la reclina en un sillon.*)

DUQUE. (*Irresoluto.*) Mi fiero encono
muy lejos me arrastró...
(*Arrojándose á los pies de Isabel, y haciendo esfuerzos para volverla en sí.*)
¡Bien de mi vida!
¡Isabel!.. ¡Vuelve en tí!... ¡Yo te perdono!
¡Mal haya mi dureza maldecida!
¡Alma noble y lëal, cuya pureza
un crímen mancilló por culpa mia!
¡Angel de su diadema despojado,
que sale al fin del reino del pecado,
vuelto á la luz de su inmortal belleza!
—¡Isabel!... ¡Isabel! ¡Desventurado!
Y ¿la dejas morir?
(*Yendo de una puerta á otra.*)
¡Titta! ¡Maria!
¡Socorro!—¡Por piedad, Señor, no dejes
que la mate el dolor!—Del triste anciano
tu soberana proteccion no alejes!
(*Titta y Maria salen por derecha é izquierda.*)

TITTA. ¿Qué mandabais?

MARIA. ¡Gran Dios!
(*Arrojándose á los pies de Isabel.*)

DUQUE. ¡Si será en vano!
¡Amigos... su dolor... mi suerte ha sido!
Conducidla á su cámara... un ruido
se escucha... ¡Apresuraos!
(*Titta y Maria se llevan á Isabel.—El Duque cubre con su cuerpo la puerta.*)
¡Se aproxima
el momento feliz de la venganza!
—Que no vea el traidor... Dios le encamina...
pero no es tiempo aun... Oculte el rostro
del corazon la rabia vengativa.
(*Aparece Troilo por la derecha.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE.—TROILO

DUQUE. ¿Vos aqui... á tales horas? En los brazos
del sueño era razon...

(*Yendo á su encuentro*)

TROILO. Mi amor vigila.
Juzgué oir vuestra voz, y cuidadoso...

DUQUE. Grandes son vuestro afecto y cortesia.

TROILO. Cumplo con mi deber...

DUQUE. (*Irónico.*) Sois extremado
en vuestra oblígacion...

TROILO. Es ley precisa.

DUQUE. Mas ya que el cielo os trajo, oidme atento.
(*Sentándose y convidándole con el ademan á imitarle.*)

TROILO. (*Ap.*) ¡Si algo sospechará! (*Sentándose.*)

DUQUE. Mi estrella impia
me fuerza hoy á decir palabras tales,
que á mí no fuera dable proferirlas,
ni escucharlas á vos, sino en las sombras,
en el silencio de la sobra umbría!
(*Pausa.—Luego con violento esfuerzo.*)
Cuando dejé mi casa, ahora tres años,
el alma conociendo, noble, altiva,
de mi Isabel, mas jóven, inexperta,
no quise abandonar joya tan rica
de la suerte al azar, y darla quise
quien la fuera por mí custodia digna.
¿A quién fiar sino á mi propia sangre
tan alta comision?—De mi familia
tú eras el mas amado;—á tí mi nombre,
á tí fié mi fama esclarecida!
¿Te acuerdas?

TROILO. Es verdad.

DUQUE. Tus juramentos
recordarás tambien.—¡Razon precisa
me vas á dar de tu lëal custodia!
(*Extendiendo el brazo derecho sobre la mesa.—Troilo, anonadado, calla.*)
—¿Cómo la ejercitaste?—Las noticias
que en Roma recibí llenan de opropio,
de indeleble baldon la gloria mia!
—¡Responde!

TROILO. (*Balbuciente.*) ¿Tan sensato caballero
acoge con favor torpes mentiras?
¿Crédito da á la voz de la calumnia

quien conoció del mundo la malicia?
á los que el vulgo vil juzga dichosos,
(*Animándose.*)
siempre la flecha envenenada tira.
—«¡Hagámosles llorar, dice en su rabia:
que con el llanto purgarán su dicha!»

DUQUE. Dices bien; mas la fama de mi afrenta
confirmada me fué por alta via!

TROILO. ¿Digna de fé total?

DUQUE. Juzga tú propio:
de mi esposa la voz me la confirma.

TROILO. ¿De Isabel?

DUQUE. De Isabel.

TROILO. ¿No os engañasteis?

DUQUE. Confesóme su crímen ella misma.
Ahora bien;—dime, Troilo:—por tus venas
la sangre que discurre es sangre mia...
¿Qué me aconsejas tú?.. ¿Debo matarla?
¿Debo con mi desprecio confundirla?

TROILO. Vos teneis mas edad... mas experiencia...
No puedo...

DUQUE. (*Impaciente.*) Mi amistad te lo suplica.

TROILO. Entonces, primo, usad misericordia:
lo ordena asi la religion benigna.
—Fué de los grandes hombres ser clementes..
—Considere vuestra alma compasiva
la juventud,—la inexperienza,—el fuego
de indomable pasion,—la fantasia
ardiente,—los ejemplos peligrosos,—
el tiempo,—la ocasion;—la fuerza inicua
acaso de un destino insuperable,
que la virtud mayor vence y domina.
—Fuera de que, si es grato á nobles pechos
á venganzas difíciles dar cima,
proseguir nunca fué de ánimos grandes
las que solo queriendo eran cumplidas.
—¡Vencer á los demas es alta empresa;
el vencerse á sí propio accion divina!

DUQUE. Tienes razon, y yo la perdonara
si en callar no insistiera, endurecida,
el nombre de su cómplice...

TROILO. Y ¿sospechas

no teneis?...

DUQUE. ¿Del traidor?—Negóse altiva
á razones, á ruegos y amenazas;
—¡ni aun la esperanza del perdon la haria
confesar! (*Con marcada intencion.*)

TROILO. (*Ap.*) ¡Oh placer! (*Alto.*) Es grave culpa,
y á saber antes yo su negativa,
otra conducta, á fé, os aconsejara.

DUQUE. Luego... ¿juzgas que debo?..
(*Conteniéndose apenas.*)

TROILO. Si:—¡la indigna
debe morir!
(*Oyese dentro un grito de Maria. El Duque lleva involuntariamente la mano á la daga.*)
(*Levantándose.*) ¿Qué es eso?

DUQUE. (*Muy conmovido.*) Nada... acaso
el rumor...
(*Vacila algunos instantes; luego, decidiéndose de pronto.*)
¡Voy á ver qué lo motiva!
(*Entra rápidamente por la izquierda.*)

ESCENA VII.

TROILO.—LELIO.—*Luego* TITTA *y el* DUQUE.

TROILO. Era el único medio de salvarme.
¡Pueda Dios perdonármelo en su dia!
Mas ese grito... ¡Cielos!.. ¡Qué sospecha!
¿Si Isabel revelara mi perfidia?..
—¡Parto!
(*Se dirige á la puerta de la derecha; Lelio le ataja el paso, cierra la puerta y se guarda la llave.*)

LELIO. ¡Todo lo oí!—Sacad la espada
y defended vuestra cobarde vida!

TROILO. ¿Qué intentas, desdichado? ¿Doblar quieres
nuestro riesgo comun?—Las crudas iras
del Duque á entrambos hoy nos amenazan ..
—¿No temes despertar las mal dormidas
sospechas en su alma rencorosa?

LELIO. Mi valor ante el riesgo no vacila.
El hora del morir sonó: el verdugo
debe seguir á la sangrienta víctima.
¡Sacad la espada os digo!

TROILO. Estoy sin ella...
me despertó un rumor mientras dormia...

LELIO. ¡Cobarde!

TROILO. Un breve plazo á los rencores
otorga...
(*Lelio se acerca á uno de los trofeos y toma una espada.*)

LELIO. Aqui hay espadas. ¡Harto indigna,
bien se me alcanza, es vuestra infame diestra
de esgrimir las indómitas cuchillas
que blandieron en ínclitas batallas
los héroes que contó vuestra familia!
—Mas urgen los instantes. ¡Defendeos
como un hombre, ú os juro por mi vida
que os mato como á un perro!
(*Arrojándole la espada y sacando la suya.*)

TROILO. ¡Vil fortuna!
¡Naufragar ya tan próximo á la orilla!
(*Va á la puerta del fondo; no pudiendo salir por alli, se dirige á la de la izquierda; pero Titta se le interpone con un hachon en la mano.*)

TITTA. Por aqui no hay camino.

LELIO. ¡Presto, en guardia!
—¡No os queda de escapar mas que esta via!
(*Troilo vuelve furioso al centro de la escena y se arroja sobre la espada.*)

TROILO. ¿Lo quiere Satanás?—¡Cúmplase el hado!
¡Ay del que acosa al tigre en su guarida!

LELIO. ¡Decida entre ambos Dios!
(*Cruzando su espada. Lidian encarnizadamente. Titta, colocado entre ambos, alumbra el combate, á cuyo principio aparece el Duque con el semblante demudado y la dega desnuda. Al ver á los combatientes, la envaina con lentitud y se cruza de brazos.*)

TITTA. Jamás pensara
que abrigase un traidor tal valentia!

TROILO. ¡Muerto soy! (*Cayendo.*)
TITTA. (*Respirando con ansia.*)
¡Al infierno vaya tu alma!
LELIO. Muerte le dió la voluntad divina.
(*Bajando la espada.*)
DUQUE. (*Cogiendo á Lelio por el brazo izquierdo.*)
¡Cumpliste tu deber!
LELIO. (*Con suma agitacion.*) ¿Vuestra venganza...
Vive, señor?
DUQUE. ¡Murió!... Fué mas impia
(*Titta y Lelio se arrodillan.*)
la voz de su dolor que mis ofensas.
—¡No la hirió mi puñal!
LELIO. (*Ap.*) ¡Fortuna inícua!
¡Desventurado amor!
(*Poniéndose en pie, arrojando la espada y presentando al Duque el pecho.*)
¡Tambien soy reo!
¡Rompa mi corazon vuestra cuchilla!
¡Yo la amaba tambien!
DUQUE. (*Tendiéndole la mano.*) Lloremos juntos.
¡La justicia de Dios está cumplida!
(*Mirando el cadáver de Troilo, á cuyo lado está Titta. Lelio se arroja sollozando en brazos del Duque, y cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

Madrid 16 *de octubre de* 1852.

Examinada por el Señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

DIAZ.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

chaques de la veje.
ngela.
fectos de odio y amor.
canos del alma.
nar despues de la muerte.
mejor cazador...
aque quieren las cosas.
nor es sueño.
cabo de los años mil...
arcon.
aza de herencias.
aza de cuervos.
nante, rival y paje.
nor, poder y pelucas.
llegar á Madrid.

nito viaje.
ndicea, *drama heróico*.

razon y sin razon.
nizares y Guevara.
no se rompen palabras.
as suyas.
spirar con buena suerte.
mes, parientes y amigos.
a cual ama á su modo.
inero y Capitan.
el diablo á cuchilladas.
lumbres políticas.
amidades.
trastes.

Sancho el Bravo.
Bernardo de Cabrera.
udaces es la fortuna.
sobrinos contra un tio.
rimo Segundo y Quinto.

nillo del Rey.
mor y la moda.
hal de cachemira.
aballero Feudal.
adete.
nas de una flor.
an ángel!
de agosto.
e bobos anda el juego.
condido y la tapada.
nangas de camisa.
jor de las desdichas, ó Don
nógenes.

¡Está loca!
Esperanza.
El Gran Duque.
El afan de tener novio.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética*.
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
El Suplicio de Tántalo.
Echarse en brazos de Dios.
El rico y el pobre.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.
El Niño perdido.
El pacto de sangre.
El alma del Rey García.
El amor por la ventana.
El juicio público.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda
Historia china.
Hija y madre.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.

La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La córte del Rey poeta.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Llueven hijos.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles la linda vivandera.
La Madre de san Fernando.
La Verdad en el Espejo.
La Boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La Archiduquesita.
La voz de las Provincias.
La libertad de Florencia.
La Crisis.
Los estremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
Locura de amor.
La escuela de los perdidos.
La resurreccion de un hombre

Mal de ojo.
Mi mamá
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano.
Mariana Labarlú.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen.
Simpatia y antipatia
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.

Traidor, inconfeso y mártir

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en tres minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens
Una historia del dia.
Uu pollito en calzas prietas.

Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Un ebroma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos d[e la] Serrania de Ronda

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina:
Escenas en Chamberi.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El calesero y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.

El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte de Don Simon.)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.

La Caceria real.
El Hijo de familia, ó el lan[cero] voluntario.
Los jardines del Buen Retir[o]
El trompeta del Archiduque.
Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el s[uegro] omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Pedro y Catalina, ó el [...] Maestro.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. [...] cuarto segundo de la izquierda.